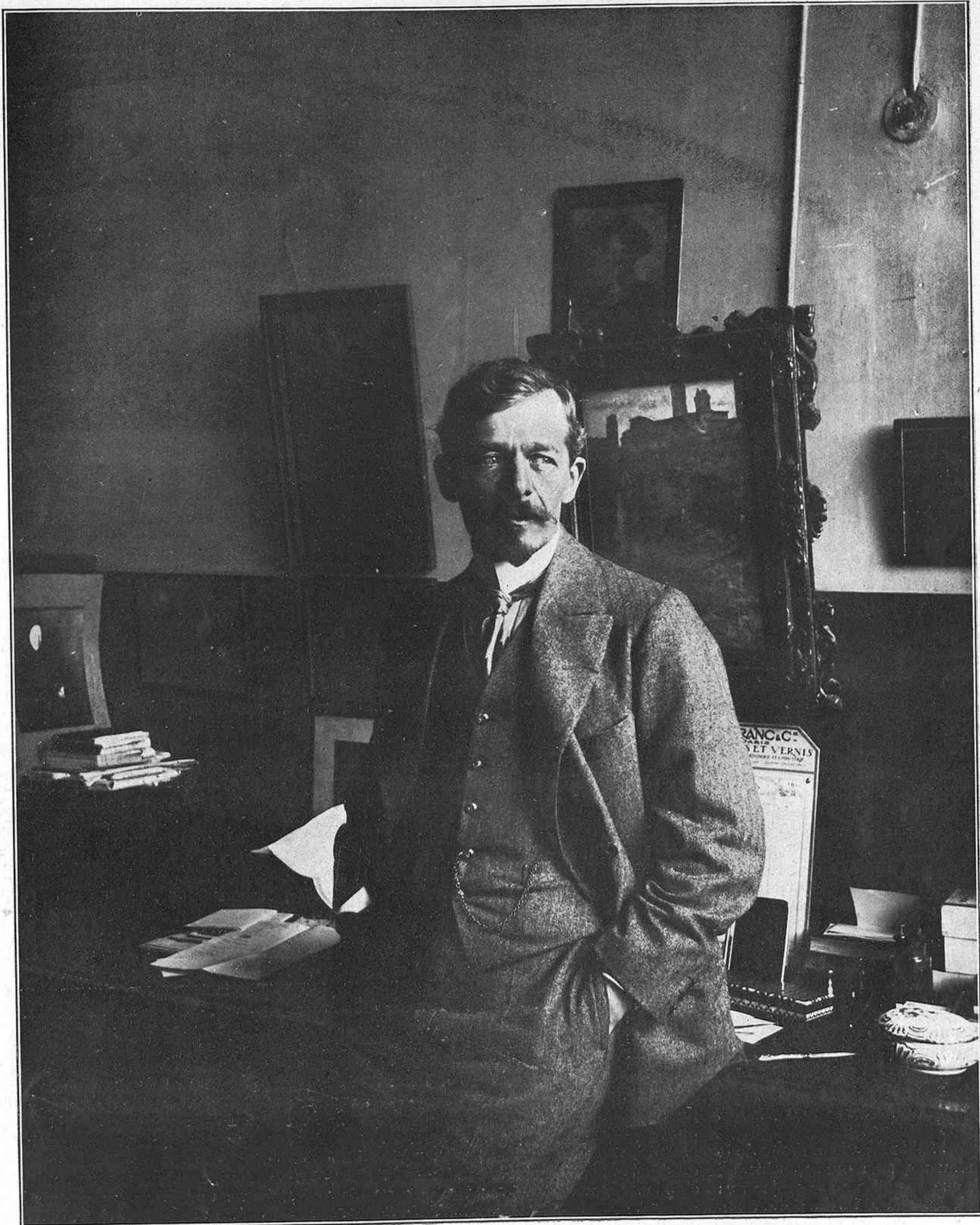


# La Ilustración Artística

Año XXXII

← BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1913 →

Núm. 1.643



El ilustre pintor francés ADOLFO DECHENAUD, a quien le ha sido otorgada la medalla de honor en el Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses por su cuadro «En el taller», que reproducimos en la primera página de nuestro último número. (De fotografía de Carlos Trampus.)



## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Belleza eterna*, cuento de Carlos García Anné. — *La campaña de Marruecos*. — *Fiestas benéficas en Barcelona y en Sarriá*. — *Canet de Mar*. — *Las fiestas Constantinianas*. — *Madrid*. — *Banquete en honor de José Pinelo*. — *Los Fabrecc* (novela ilustrada; continuación). — *El ferrocarril de Mittenwald*. — *Libros*. — *Munich*. — *Inauguración de la Exposición Internacional de Bellas Artes*.

**Grabados.** — *El ilustre pintor francés Adolfo Dechenaud*. — Dibujo de Navarrete, ilustración al cuento *Belleza eterna*. — *Las Bellas Artes y las Artes ornamentales*, friso original de Antonio Cerveto Riva. — *Proyecto de pila de agua bendita*, original de José Cerveto Alcalde. — *Pasatiempos campesinos*, cuadro de Israel. — *En la pradera*, cuadro de Maude. — *La campaña de Marruecos* (siete fotografías). — *La hora del baño*, cuadro de H. S. Tuke. — *Noche placida*, cuadro de J. Morera. — *Barcelona*. — *Fiesta en el Real Lawn Tennis Club Turó*. — *Sarriá*. — *Fiesta en la Torre Fontanellas*. — *Canet de Mar*. — *Romería al Santuario de la Misericordia*. — *Madrid*. — *Banquete en obsequio a José Pinelo*. — *El ferrocarril de Mittenwald* (seis fotografías). — *Munich*. — *El príncipe regente Luis de Baviera inaugurando la Exposición Internacional de Bellas Artes*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como si se hubiese quitado el tapón a una pipa llena, se ha desbordado en Madrid la animación en fiestas, comidas y bailes, al disiparse, con el tiempo, el recuerdo de la tragedia que inició la temporada: la muerte de la infanta Teresa de Borbón... ¿Con el tiempo he dicho? ¡Bah! Seis o siete meses... ¡Tanta juventud, tanta bondad, tanta dicha doméstica, y todo desvanecido en un momento! Pero la vida prosigue, la gente se moza (o no lo es, pero como si lo fuese)... y quiere divertirse, quiere danzar, quiere reunirse, murmurar, hacer *spor!*, no perder ninguno de los goces que ansia. Y poco a poco, casa tras casa, se han ido abriendo salones, y el principio del verano puede llamarse verdadera *season*...

Y los teatros, en la temporada ya transcurrida, no nos han dejado ni un recuerdo, ni una emoción honda. Dijérase que el cinematógrafo les ha echado un maleficio. Convencidos los empresarios de la realidad de este fenómeno, han dado entrada franca, no sólo al cine; a las *varietés*, las cupletistas, los ilusionistas, los adivinadores, duetistas, tríos y excéntricos. Mientras el Circo de Parish, caído de su pedestal, abandonado (¡oh inconstancia femenina!) por sus bellas parroquianas de otros años, ve en perspectiva la soledad (a no ser que le restaure algún nuevo y contrario capricho de la moda), los demás teatros se convierten en circos, o cosa análoga. Todo se disgrega, todo se cae por tierra; y el gran caído, es el Arte.

Si se me pregunta cómo se explica la decadencia del Circo de Parish, de sus famosísimos «jueves de moda», por excelencia, diré que por la desaparición de los sombreros enormes de las damas. Al menos, nadie podrá negar que hayan coincidido ambos sucesos. Cuando se inició el período del incremento sombreril, el Circo, sus jueves elegantes, ascendían al apogeo. Aquello era un bosque de sombreros con plumas, con penachos, con lazadas, con espigas, con pájaros fantásticos, con cascadas y torrentes de flores, y no había medio de ver las caras, tal era la combinación de tejados, tejadillos y tejarcos que se entrecruzaban proyectando densa sombra sobre los rostros. La *toilette* de rigor era la de Casino: traje escotado, sombrero inmenso. Y, por los palcos, puñaladas. No sólo por los palcos: lo propio ocurría con las sillas. Ni por un ojo de la cara se hallaba una. Los revendedores (que siempre los hay, pesia la autoridad y los reglamentos y todo) sacaban jugo de la caprichosa preferencia de unas cuantas señoras elegantes por los jueves, día en el cual, sin duda, los *clowns* eran más jocosos, los barristas y equilibristas más esculturales, los bichos amaestrados más hábiles, los caballos más diestros, y todo el aparato y trápala del Circo, más alegre y sorprendente. Y lo que sucedía era justamente lo contrario, a saber: que los jueves se daban los números más flojos porque, aunque se hubiese dado un espectáculo enteramente de feria, sería igual: no se iba allí por ver, sino por *verse*.

En fin, los sombreros se han reducido, encogido y estrechado, quedándose sin más de la mitad de sus amplias alas, y los jueves del Circo ya no están en boga. Son dos eventos sensacionales.

Lo de los sombreros había llegado al límite de lo imposible. Eran fenómenos, eran monstruosidades, eran un estorbo tal, que con ellos no se cabía ni en coches, ni en habitaciones chicas. Decíase que el precio exagerado de tales artefactos se debía a su desmedido grandor. Parece que no cuestan menos los chiquitines de ahora. Se habla de quinientos y de mil francos, lo mismo que de un duro. Cada cual gasta su dinero en lo que le parece, ya lo sé. Pero un sombrero de mil francos, es la patente de tontería de una dama. Me resisto a admitir que tenga dos dedos de

frente la que así administra su dinero, habiendo en el mundo tantas cosas bonitas que cuestan mil francos, y duran hasta la muerte.

Ahí están, por ejemplo, los retratos al pastel, de los cuales acabo de ver una bonita exposición, aunque muy reducida, la del pintor Béjar. No diré que estos retratos cuesten mil francos cada uno, porque tengo entendido que cuestan bastante más; pero afirmo que, si no poseyese encantadores pasteles de Vaamonde, preferiría andar toda mi vida sin sombrero, a privarme de una de esas monerías de retratos, que tanto adornan un salón o un *boudoir*. Yo no voy a entrar aquí en la tantas veces agitada discusión de si el pastel es arte grande o arte chico. En tales distinciones hallo mucho de artificioso y de caprichoso. Hay arte más varonil, más enérgico, esto no se puede negar, y a nadie se le ocurrirá comparar, desde este punto de vista, a Miguel Ángel con Latour. Pero lo mismo Miguel Ángel que el fino pastelista, tienen un lugar propio en la historia del arte. Ambos nos procuran una sensación estética especial, diferentísima, es cierto, y por lo mismo, no podemos prescindir de ninguna de ellas. No ha muchos días me preguntaba el *Duende de la Colegiata*, en una de esas entrevistas vibrantes de modernismo que se le ocurren, qué hubiese querido ser; y claro es que le di la respuesta que cualquiera adivina, pero añadiendo que, excepto en ese punto concreto, me encontraba muy satisfecha de lo que soy, pues pude nacer negra o amarilla y nací blanca, y de la más pura raza caucásica, y de buenos padres, y con regular salud, etc. Y debí añadir, además, que mi manera de entender el arte es también una suerte, y me proporciona goces, porque yo siento y disfruto todas las modalidades artísticas, y no hay ninguna que me sea ni extraña ni antipática, al relacionarlas (según las enseñanzas de Taine) con el ideal social que las produjo y que en ellas se revela. Hay veces en que no me atrevo a decirlo, pero comprendo que encuentro algo bello en las efigies de los dioses bárbaros y espantosos de los cultos abolidos. Trágicamente es bello el negro Moloch de los cartagineses, y Flaubert nos ha hecho percibir este género singular de hermosura en un capítulo de la admirable *Salambó*.

Lo trágico, generalmente (a menos que sea de un trágico tan rebajado como el crimen del capitán Sánchez), lleva en sí un elemento estético. Ved esa colección de obras de Valdés Leal, que ha reproducido y comentado en un opúsculo Romero de Torres, el autor de *La sibila*. No son más que cabezas cortadas, destroncadas, y son un prodigio de belleza. Al menos, yo las considero así. Ellas han venido a explicarme la razón oculta de la magnificencia de la *Salomé* de Oscar Wilde. La cabeza cortada es más bella, trágicamente, que la figura total. Da la impresión de que vemos lo más sublime de lo humano, el templo del pensamiento, separado de lo fisiológico, del arca y cofre del tronco, donde se cumplen las bajas funciones de la nutrición, y que ese templo admirable nos relata la historia de una vida, cuyo desenlace ha sido heroico. Las cabezas de Valdés Leal, entre las cuales figura, como era de suponer, la del Bautista, son de mártires, y de *mártiras*, diríamos cometiendo un neologismo; de santos y santas que afirmaron su fe hasta el instante supremo. Esto se lee en la expresión, verdaderamente impresionante, de sus caras. No son las cabezas cortadas de los criminales guillotinos; son lo más noble, lo más grande que puede existir sobre la tierra: son rostros sellados hondamente por el espíritu que los animó, y en que ya parece esplender el entusiasmo del triunfo, entre la rebeldía involuntaria de la carne que se resiste a dejar la vida, y a dejarla de tan horrible modo. No conozco nada que así me impresione, como las cabezas cortadas de Valdés Leal, «el pintor de los muertos», el poeta terrible, anterior a Baudelaire, de *Las postrimerías*. Pero de fijo hay mucha gente que se horripilaría de tener en su habitación esos cuadros de un realismo español tan violento como artístico.

Ya que de arte hablamos, recordaré que acaba de morir uno de los contados críticos de arte que en España escribían: me refiero a Balsa de la Vega. Discípulo de Casto Plasencia, empezó con vocación de pintor, pero yo, que le he visto trabajar, no creí nunca que pudiese llegar a la altura, no diré de su maestro, ni a la de alguno de los buenos discípulos de aquel artista. El pincel de Balsa era difícil, su creación lenta, y su dibujo, lo mejor que tenía, sin duda, no estaba aún bastante cursado. Y sin duda, persuadido de esto mismo, Balsa de la Vega cultivó su vocación de escritor, habiendo llegado a adquirir competencia, merced a viajes y práctica, que es el elemento más educador del conocer. Como no existe realmente carrera técnica artística (y si existiese acaso no fuera de gran eficacia) yo no conozco otro modo de aprender sino mirar, teniendo primero ojos y senti-

miento. Así estudió Balsa de la Vega, y sin llegar a la autoridad sólida y fundadísima de un Beruete, por ejemplo -- serían contadísimos los ejemplos como el de Beruete en España -- podía, últimamente, merecer la estimación del público, que necesita que le guíen y que le señalen dónde debe colocar sus admiraciones.

Y aquí surge otra de las cuestiones que siempre se suscitan y nunca se solucionan, porque se repiten hasta la saciedad los mismos argumentos, en contra y en pro, y todos tienen su fuerza y parte de razón, y no cabe resolverlas definitivamente, acaso jamás. Los pintores, invariable y tenazmente, recusan a los críticos de arte. Niegan que se pueda juzgar de arte, sobre todo de arte plástica, sin saber pintar o esculpir, sin ser del oficio. Y en este caso, al recusar a la crítica, recusan a la humanidad entera. Porque el que en una exposición se prenda de un cuadro y lo adquiere, y se lo lleva a su casa, emite un juicio categórico acerca del valer de ese cuadro; y el que ante él se detiene y lo alaba, o lo contempla mudo de recogimiento, emite otro juicio; y el que pasa y lo mira y se aparta frunciendo el ceño o encogiéndose de hombros, lo juzga también; y los siglos que transcurren declarando que tal estatua es una obra maestra (por ejemplo, la *Venus de Milo*), cifran el resultado de una serie de juicios, que no emitieron seguramente pintores ni escultores ni profesionales, sino otra capa de gente, que escribe, o no, pero que, unánime, ha proclamado que allí existía hermosura.

Así, pues, la crítica escrita no es sino el corolario de la hablada, aunque a veces la preceda; y no hay manera de evitarlo; los artistas tienen que resignarse.

Y la crítica escrita tampoco puede ser de un carácter excesivamente técnico. No la entendería esa muchedumbre de semiprofanos que busca, en lo escrito, la sanción o la explicación de sus impresiones, sus preferencias y sus repulsiones. De poco o nada serviría un estudio concienzudo acerca de valores, luces, empastes, colorido y otras circunstancias que se aprecian debidamente en los talleres. Sería como si para estimar la hermosura de un monumento artístico hablásemos de resistencias y estereotomía. La obra de arte, quién lo duda, tiene un fondo de principios, de leyes severas, pero tiene algo que importa más, y es lo que dice a nuestra alma, con la misteriosa sugestión de lo hermoso, de lo ardiente y fuerte, o de lo morbosos y lánguido. Todo es humano en el arte cuando el arte posee un valor estético, un ideal. No quiero hacer profesiones de fe idealistas. Nadie menos idealista, en cierto respecto, que yo. Pero también tiene su ideal el naturalismo; ¡vaya si lo tiene!

Y he ahí cómo, al lado de los críticos puramente eruditos, que se limitan a dar noticias de las vicisitudes de la obra de arte, es preciso que existan y quepan los críticos que, o en nombre de una teoría que consideran firme, o en el de su propia impresión, o desentrañando las relaciones de la obra con el momento y el ambiente de la raza, la analicen y comenten, y ayuden a comprenderla, y a crear «intelecto de hermosura» como diría Dante. Podrán equivocarse estos críticos; no por eso dejará de tener valor lo que digan, especialmente al expresar con eficacia su propia emoción, su sentimiento. Y la crítica profesional, en el fondo, ¿no será también discutible? ¿Habrá que sancionar cuanto se afirma en los talleres? El guiño de ojos, distanciándose para desde lejos mirar el lienzo o el barro, el movimiento del pulgar que expresa la valentía de la ejecución ¿tendrán autoridad absoluta? ¿No hay nada más allá?

Lo innegable es que existen infinitas obras de arte admiradas por las generaciones, que no resistirán la crítica de taller. Hasta entre la falange, serenamente bella y luminosa al través de los siglos, de las helénicas estatuas, algunas pudieran no ajustarse tanto como otras a la verdad anatómica y a la ley de proporciones.

Ahí tenéis, por ejemplo, el famoso *Toro* de Pablo Potter. Hay quien dice que está hasta mal pintado. Hay quien lo tiene por el más soberbio trozo de pintura del mundo. Es difícil concertar estas medidas. A mí me gusta el toro de Pablo Potter y me gustan los toros de bronce de Benlliure, y me gustan hasta los toros mal diseñados, semejantes a carneros, de Goya. Para decirlo de una vez, todo me gusta, si le ha insuflado su aliento vital el Arte. Lo cual no quita para que tenga mis predilecciones, como cada hijo de vecino...

Para concluir, séame permitido transcribir aquí la leyenda que al reverso ostenta la medalla, gran premio de Literatura y Arte, que acaba de enviarme la *Hispanic Society*, de Nueva York... La del anverso es tan halagüeña, que no me atrevería a reproducirla; la otra, brillando sobre un grupo de musas, dice, aludiendo al Arte:

«Esta luz que sonríe ilumina al Universo...»



BELLEZA ETERNA, POR CARLOS GARCÍA ANNÉ, dibujo de Navarrete



... después de lo que he hecho, no soy digno de Isabel

Si un poeta, si uno de esos sentimentales trovadores del ensueño hubiera acertado, aquella tarde tibia de primavera, a penetrar furtivamente en los deliciosos jardines de la quinta y, atravesando por los paseos enarenados, bajo la verde bóveda formada por las ramas entrelazadas de los árboles, hubiese podido llegar hasta la amplia plazoleta del surtidor, llena de luz y oreada por el beso suave de la brisa, ¡qué bellos versos le hubiera inspirado el contemplar aquel espléndido cuadro de vida, de luz y de poesía, el escuchar los rumores misteriosos, imprecisos, del jardín, en los que se mezclan con armonías dulcísimas los secretillos de las hojas, que parecen decirse amores en voz baja, el bello concierto de los pájaros al entonar sublimes himnos a la primavera, y el dulce murmurar del agua del surtidor cayendo sin cesar con lenta monotonía! ¡Cómo se hubiera extasiado ante el juvenil estallido de las carcajadas alegres, de las risas juguetonas y ruidosas de aquella media docena de muchachas que, con su charla de amena frivolidad, aun con su sola presencia, daban a la plazoleta una nota de pintoresca animación!

Ninguna de ellas pasaba de los diez y nueve años y todas estaban resplandecientes de hermosura con sus trajes claros, ligeros, vaporosos, de alegres tonalidades. Isabelita, la hija de los opulentos dueños de la finca, era una gentil y deliciosa criatura de diez y ocho años, poema viviente de belleza y de juventud; una de esas morenas de aterciopelado cutis, de ojos grandes, expresivos, rasgados, negrísimos, brillantes, en cuyo fondo hay un no sé qué misterioso, dulcemente misterioso, que fascina y que atrae con magnetismo irresistible. Apasionadísima por las flores, llevaba prendidas constantemente algunas en el seno y asomaban otras de vivos colores por entre el cabello negro y sedoso recogido por detrás graciosamente. Era alta, esbelta, fina, de delicados contornos y correctas facciones, y en su alegre rostro vagaba sin cesar una sonrisa que dejaba ver, como sarta de perlas, la doble hilera de los dientes, pequeños, iguales y blanquísimos; y esta sonrisa eterna, de un candor y de una inocencia encantadores, daba infantil expresión a su lindo rostro. Era una mujer con cara y con alma de niña, alegre con esa alegría irre-

flexiva y bulliciosa que se manifiesta estallando, al más fútil pretexto, en franco regocijo, en ruidosas risas, en alegres carcajadas.

Su edad..., ya la he dicho: diez y ocho años. ¿No sería una redundancia imperdonable añadir que estaba enamorada? ¿Qué muchacha no lo está en esa encantadora primavera de la vida?

Era domingo y, como todos los días festivos, complacía Isabel teniendo en su compañía a sus íntimas amigas, que acudían a la quinta para pasar deliciosamente la tarde. Allí dentro, en el salón, se hallaban reunidas las personas mayores, cuya grave charla parecía insubstancial y sosa a las jóvenes, porque no hablaban nunca de amor, ni de novios, ni de cartas perfumadas, ni de recaditos secretos traídos y llevados por la criada o por la florista, ni de miradas atrevidas..., ni de nada, en fin, de lo que para ellas constituía el tema más interesante, la más amena y agradable conversación.

Las muchachas, además, preferían los encantos del aire libre al insoportable encierro del salón, el cielo naturalmente azul a los techos pintados con más o menos arte, los amplios horizontes a la vista limitada por las cuatro paredes de una estancia, la arena del jardín o las blancas losas de la terraza, iluminada por el sol y refrescada por la brisa, a las mullidas alfombras del interior de las habitaciones, la libertad de los jardines a las enojosas ceremonias de los salones recargados y lujosos, que imponen quietud y severidad, y en los cuales se ahoga la juventud, amiga siempre de la algazara, del bullicio, del regocijo y de la alegría.

El salón era para ellas una cárcel; los jardines, la libertad. Instintivamente, optaban por los últimos las amigas de Isabelita.

Aun no habían llegado - no era todavía la hora del baile - los jóvenes que contribuían a la mayor animación de las tardes festivas en la quinta. Isabel y sus amigas, cansadas de cortar flores, que prendían en sus cabelleras y en sus vestidos o agrupaban para formar después artísticos ramilletes, habían llegado a la plazoleta del surtidor, donde las he presentado a los lectores, y se sentaron a descansar en las sillas de junco, a la sombra de los árboles corpulentos, por entre cuyo tupido ramaje se filtraban, como me-

nuda lluvia dorada y luminosa, los rayos del sol primaveral.

Allí, aspirando con deleite ese perfume indefinible y embriagador de los *parterres* recién regados, charlaron animadamente durante un rato.

¿De qué hablaron? Precisamente de aquello de que no podían hablar en el salón ante las personas serias y respetables, como ellas decían; de lo que, entre ellas, hablan siempre las mujeres por cuyas venas corre sangre moza; del tema más atractivo para todas las jóvenes que empiezan a vestir *de largo*. En este concepto, no hay distinción alguna entre la aristocracia y el pueblo; el amor avasalla todos los moceriles corazones y de amor son las conversaciones más amenas, igual para la tosca y tímida lugareña que para la señorita elegante y almibarada de la ciudad.

Hablaron de sus amores, de sus novios; refriéronse historias ya sabidas por todas, porque entre aquellas buenas amigas no había secretos y se revelaban, como si fuesen hermanas cariñosas, sus intimidades, sus confidencias, sus amores; historias vulgarísimas, repetidas hasta la saciedad, que nada, absolutamente nada, tenían de nuevo... El estudiantillo que *la* ve en la calle un día que con la mamá va ella de compras, la mira con amor, la sigue, averigua su domicilio, hace hablar a la portera mediante una módica propina, vuelve el día siguiente, y el otro, y el otro, se estaciona en la calle como un guardacantón, mirando siempre, con el cuello estirado, hacia los balcones de la amada, y la envía, por fin, mediante la complacencia interesada de una sirvienta, el amoroso billeteo, la ansiada declaración, que la pretendida devuelve sin contestar o contestando que *no* con la pluma y que *sí* con los ojos para animarle a que insista y poder darle una risueña esperanza con el consabido *lo pensaré...*

Y mientras ella lo piensa, hablan a hurtadillas, se miran amorosamente y aguardan a que él termine la carrera, apenas comenzada, para formalizar sus relaciones.

¿Es esto, hermosas lectoras?

Pues esto mismo, con ligeras variantes - la de la que vió a él, por vez primera, en la misa de doce, la que *le* conoció en el teatro... - era lo que se conta-



ban, por centésima vez, unas a otras, las amigas de Isabelita.

Eran historias vulgares, vulgarísimas; y sin embargo, ¡con cuánta fruición y con cuánto interés escuchadas!

Sólo Isabel permanecía reservada y triste, como

cuando buscaba las miradas de Isabel, pero sin atreverse a declarar su amor. Dos veces que lo intentó tuvo que callar avergonzado, porque no sabía cómo expresarlo. Jorge amaba de verdad.

Isabel apreciaba sus buenas cualidades, le distinguía con su amistad, pero no podía amarle, porque

esta llena de flores ya cortadas, penetró en el cenador. El rumor de una conversación mantenida allí cerca la distrajo y, a través del follaje, pudo ver a dos hombres que hablaban. Eran Jorge y Ernesto.

— Sería inútil, decía este último, tratar de ocultarte mi culpa, que has descubierto. Lo confieso, sí; en-



Madrid. Exposición Nacional de Artes Decorativas. 1913. — Las Bellas Artes y las Artes ornamentales, friso original de Antonio Cerveto Riba, premiado con segunda medalla

siempre que se hablaba de tal asunto. Sus amigas la instaron a que narrase también la historia de su amor.

— ¿Yo?, contestó ella con melancólico ademán. ¿Y para qué? No podría contar más que mis penas...

— ¿Tienes penas tú, tú, que pareces siempre tan alegre? Pues cuéntalas. ¿Para qué son las amigas sino para mitigar los pesares y consolar a quien los sufre?

Después de muchos ruegos y de súplicas fervientes, Isabel relató sus penas.

Era también una historia vulgar.

En la propia morada de sus padres, en aquella hermosísima finca de recreo donde tan agradables tardes pasaba en compañía de sus amigas, había Isabel conocido a Ernesto. Era él un gallardo joven, guapo, elegante, dicharachero, alegre, de finos y desenvueltos modales y de esmerada educación. Lo presentaron en la casa unos amigos. La gallarda figura del joven, su conversación amena y su agradable trato cautivaron desde el primer momento la atención de Isabelita, y la belleza y la distinción de ella produjeron, a su vez, agradable impresión en el ánimo del elegante mozo.

Se amaron, pues, y la declaración de Ernesto, entusiasta y elocuente, no se hizo esperar. Era la primera declaración amorosa que Isabel oía y la escuchó ruborizándose; a medida que Ernesto hablaba, cada momento con mayor pasión y con más cariñosa dulzura, Isabel sentía nacer en su alma un algo desconocido que la estremecía sin que ella se diese cuenta del porqué, crecía más y más la simpatía irresistible que había sentido por aquel hombre que tan dulcemente, tan bellamente sabía pintar el amor, y se sonrojaba más aún. Su belleza radiante aumentaba hasta lo sublime con aquel color sonrosado, casi rojo, que el rubor ponía en sus mejillas, con los ojos bajos, húmedos y velados ligeramente por una emoción, por una sensación inexplicable y no sentida jamás hasta aquel momento. Fijó sus luminosos ojos negros en los negros y ardientes ojos del pretendiente y sus miradas chocaron: la de Isabel, interrogadora y temerosa; la de Ernesto, apasionada y ardiente.

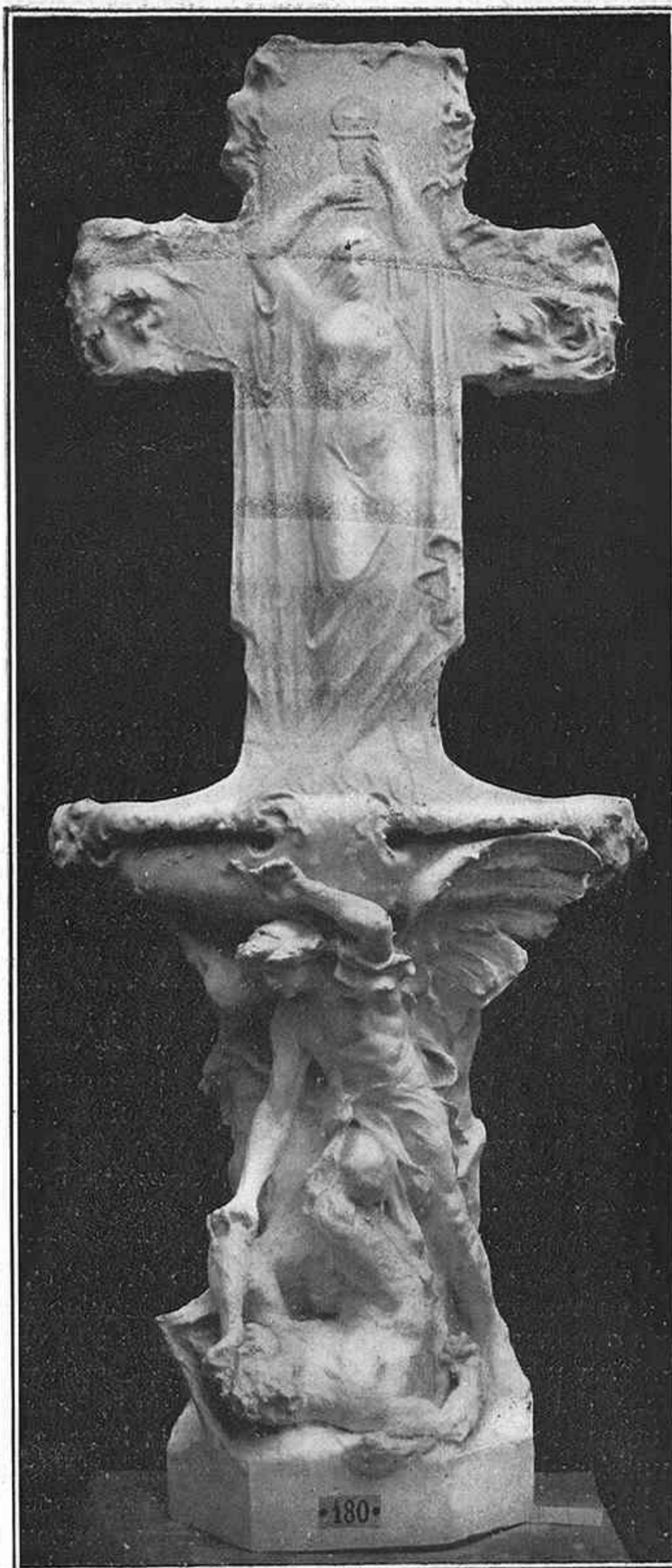
La hermosa doncella creía de buena fe en las palabras de Ernesto, porque ignoraba que éste era un libertino que derrochaba en el juego y con mujeres alegres su patrimonio, sin que, con el ejercicio de una profesión o de negocios, se cuidara de aumentarlo; porque ignoraba también que la amaba por cálculo. La joven era muy bella, elegante, rica; un matrimonio con Isabel *vestía* mucho para Ernesto. Si ella hubiera tenido más experiencia de la vida, habría sabido que el verdadero amor es tímido, como tímido era el suyo, y habría desconfiado de la desenvoltura y de la facilidad con que Ernesto se expresaba al declararse; pero era sencilla y buena, carecía de experiencia y entregó su alma, como hubiera entregado su mano, al primero que tuvo habilidad para conquistarla. Isabel amaba con el corazón; Ernesto, con la cabeza.

Cuando los papás de Isabelita se dieron cuenta de aquellos amores, hubo en la casa el primer disgusto y la ventura huyó de ella. Aquellos buenos padres conocían, en parte, la conducta de Ernesto y comprendían que con él no podía ser dichosa su hija, digna de mejor suerte. No querían imponerle un marido, pero hubiesen preferido mil veces a Jorge, un joven que no conocía los vicios, que era muy bueno, trabajador e inteligente y ejercía con provecho y honra la carrera de ingeniero.

Jorge, que era amigo antiguo de Ernesto, concurría también a las reuniones en la quinta y desde ha-

cia en su corazón sólo cabía un amor y este amor lo había entregado ya a Ernesto, cuyo rostro era más bello que el de Jorge, a quien el estudio y el trabajo habían dado un tinte muy marcado de severidad.

La oposición de sus papás hacía sufrir a Isabel, el amor de Isabel por Ernesto tenía en perpetua zozo-



Madrid. Exposición Nacional de Artes Decorativas. 1913. — Proyecto de pila de agua bendita, original de José Cerveto Alcalde, premiado con tercera medalla.

bra a sus papás y de aquella casa había huido la dicha, apareciendo sólo una pobre parodia de ella en los días de reunión...

— Pronto serán las cinco y habrá que subir a tomar el te, dijo Isabel mirando a la esfera de su pequeño reloj de oro. No tenemos aún bastantes flores; id a cortar más, mientras yo arreglo los ramilletes.

Y en tanto que las amigas recorrían los *parterres* para cumplir su cometido, Isabel, tomando una gran

tre Lulú y el juego me han arruinado; los acreedores comienzan a apremiarme y algunos de ellos me amenazaron seriamente. Necesitaba dinero y falsifiqué tu firma. Conozco que he cometido un gravísimo delito, al que me han empujado, no mi maldad, sino las circunstancias. Estoy arrepentido de lo que he hecho, pero merezco mi castigo. Denúnciame; para expiar mi mala acción estoy dispuesto a soportarlo todo, hasta la vergüenza de tener que sentarme en el banquillo de los acusados...

— No; yo te perdono, contestaba Jorge, y reconoceré como legítima esa firma falsa. Yo te perdono, pero con una condición. Oye; yo amo a Isabel y quiero únicamente verla feliz. Ella lo sería contigo, porque te ama. Cambia de conducta, abandona la senda del vicio, regenerate por medio del trabajo y dedica a esa bella muchacha todo el amor que ahora repartes entre quienes no lo merecen. Confío en tu redención, porque ese arrepentimiento que demuestras prueba que tu alma no ha llegado aún a las fronteras de la perversidad.

— Trabajaré y me redimiré; pero después de lo que he hecho, no soy digno de Isabel. Pídele perdón en mi nombre y disculpa arriba mi ausencia. Me voy lejos de aquí, a trabajar y a tranquilizar mi conciencia. A pesar de todo, no podré nunca ser tan bueno como tú. Dime otra vez que me perdonas.

— Te perdono, sí.

Se abrazaron, y Ernesto salió de la quinta, acompañándole Jorge hasta la puerta.

Era la hora del te e Isabel salió del cenador para ir a buscar a sus amigas y subir a los salones. Dos lágrimas de ternura resbalaban por sus mejillas y una frase danzaba en su pensamiento y en su corazón:

— ¡Qué bueno es y cuán digno de mi amor!

Durante el te, Isabel, sonriendo, dijo a Jorge:

— Supongo que luego me sacará usted a bailar.

Lo prometió y lo cumplió el ingeniero. Mientras bailaban, Isabel, apretando cariñosamente la mano de su pareja, dijo conmovida:

— Estaba yo en el cenador y lo he oído todo, todo; la confesión de que usted me ama, el delito de Ernesto, la generosa acción de usted perdonando al falsificador y más generosa aún perdonando al rival. Es usted un santo y merece que yo le ame.

— ¿Me ama usted?, preguntó Jorge con expresión indefinible.

Isabel no contestó, pero arrancó de su pecho la flor más hermosa entre las que lo adornaban y la entregó a Jorge, que la llevó respetuosamente a sus labios...

Cuando terminó la fiesta y los convidados se retiraron, quedando solos Isabel y sus papás, dijeron éstos:

— Has estado con Jorge más amable de lo que acostumbrabas. ¿Es porque Ernesto no estaba?

— Yo no puedo ya amar a Ernesto. Amo la belleza y la de Ernesto duraría poco. Apenas la vejez encorvara su cuerpo, apenas las arrugas surcaran su rostro y las canas blanquearan su cabeza, yo no podría amarle ya y me vería obligada a sufrírle toda la vida. En cambio, en Jorge tendré siempre una belleza para amar, porque el alma de un hombre honrado es eternamente bella...

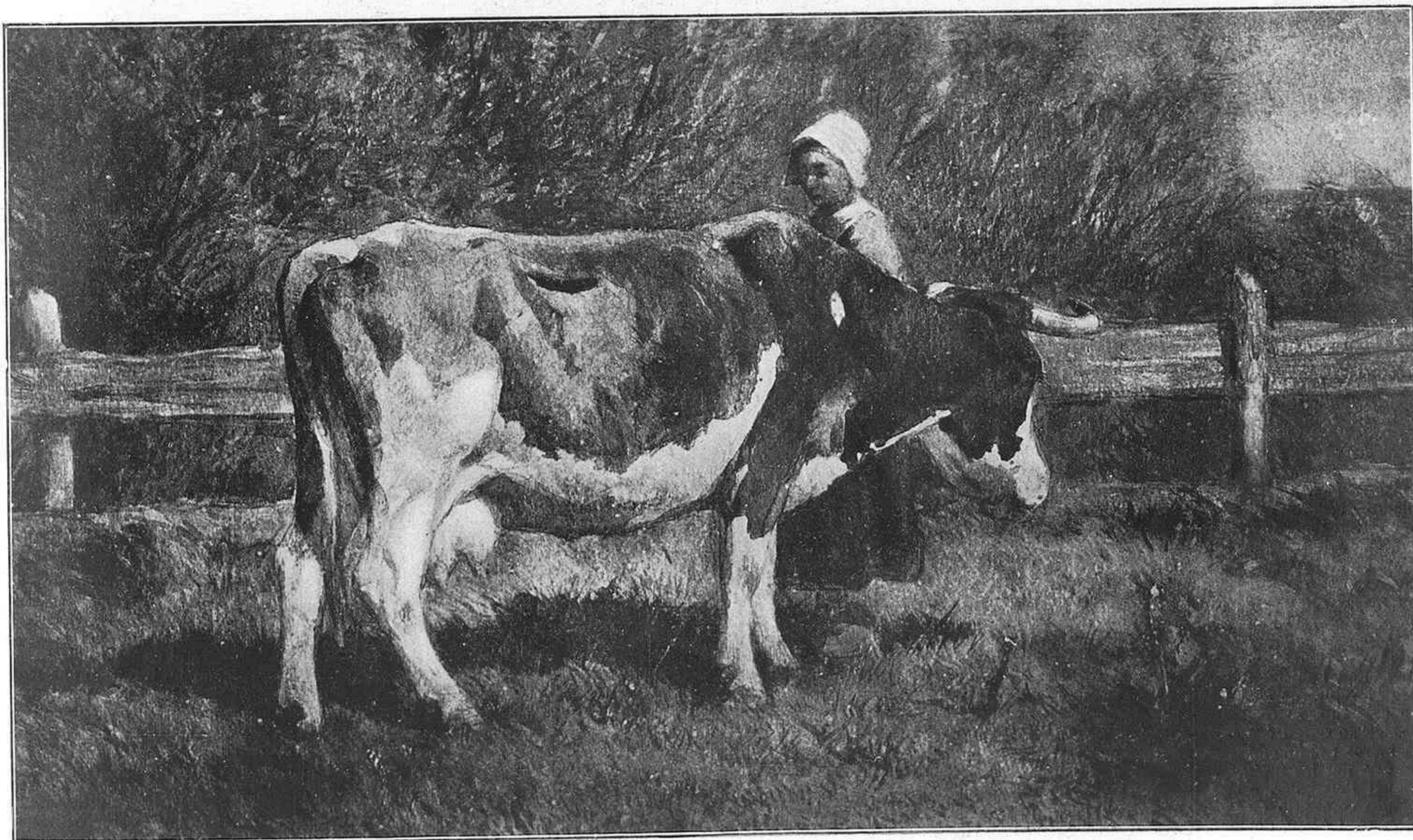
Los tres se abrazaron llorando. Lloraban no con las lágrimas amargas de la desventura, sino con el llanto bendito de la felicidad que, después de un breve eclipse, volvía a entrar triunfadora en aquella casa y a instalarse en ella para siempre.

Isabel y Jorge poetizaron los hermosos jardines de la quinta con un amor santo, que, poco después, recibía ante los altares la sanción de Dios y de los hombres. — C. G. A.





Pasatiempos campestres, cuadro de Israel



En la pradera, cuadro de Maude



## LA CAMPAÑA DE MARRUECOS. (Fotografías de Lázaro.)

Desde el día 11, fecha a que alcanzaba la crónica anterior, el hecho de armas más importante ocurrido en nuestra zona de Marruecos ha sido el combate del día 15. Durante todo el día anterior, los moros habían estado hostilizando la posición de Laucién últimamente tomada por nuestras tropas; y habiéndose sabido que, reforzados considerablemente con nuevos contingentes de las cabilas montañosas y de las de los alrededores de Tánger, se proponían intentar un ataque decisivo, formóse una columna al mando del general Primo de Rivera con el objeto de reforzar aquella posición. Formaban parte de aquella columna fuerzas regulares indígenas de Melilla, de infantería y caballería, de la milicia voluntaria de Ceuta y el tabor de Tetuán, con un grupo de ametralladoras, a las órdenes del coronel Berenguer.

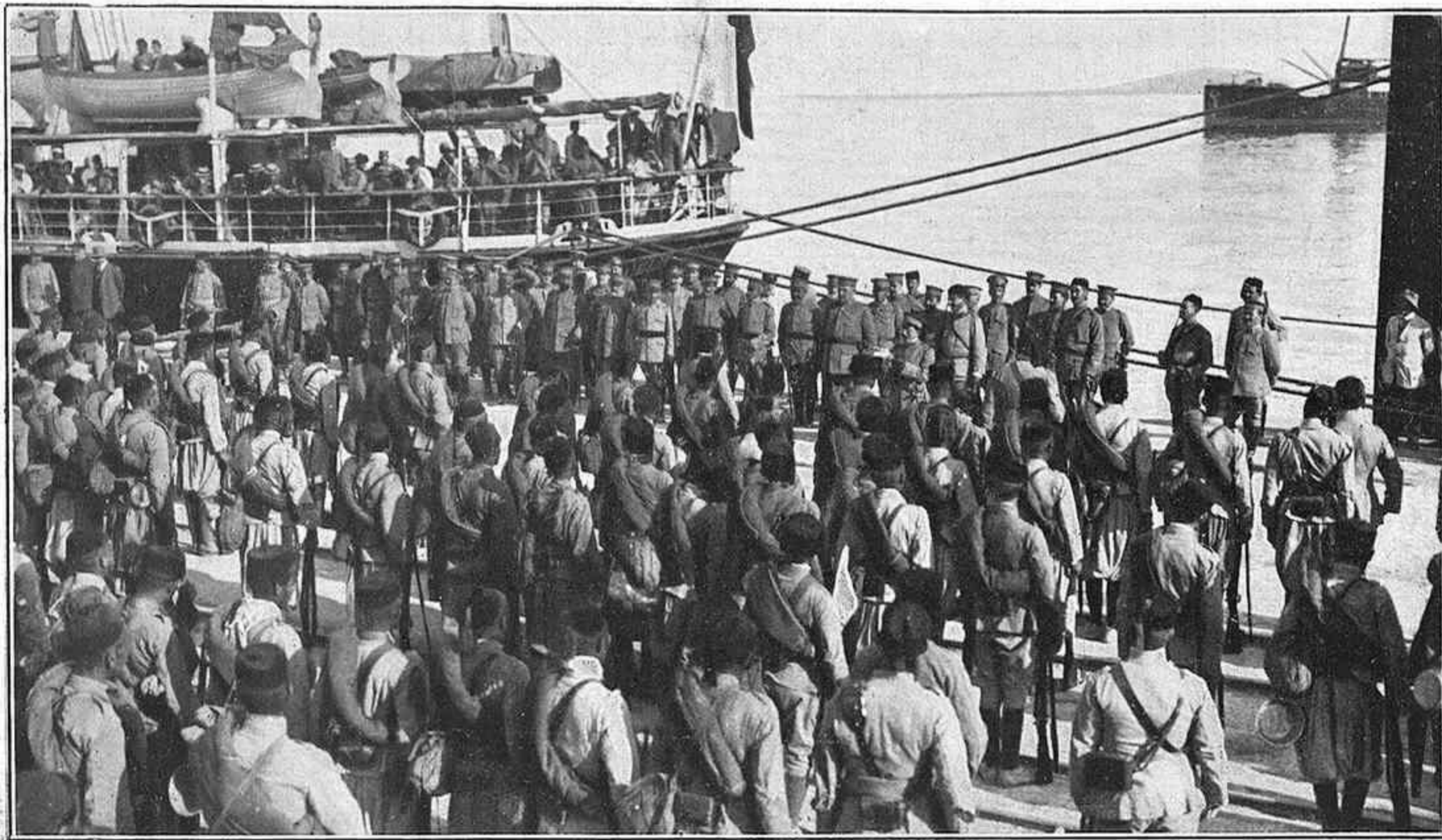
Los moros, que estaban emboscados, rompieron un fuego terrible contra el centro de la columna, que después de emplazar convenientemente los cañones y las ametralladoras, rechazó vigorosamente el ataque del enemigo. En auxilio de éste acudieron en grandes masas todos los pobladores de los adueros de la cabila de los Beni Homar, observado lo cual por el coronel Berenguer y considerando éste que la columna de Primo de Rivera era bastante fuerte para no necesitar apoyo, se corrió, con sus fuerzas regulares indígenas, por el flanco, cruzó el río y cayó sobre aquellos adueros, realizando en ellos una verdadera *razzia*, quemando las viviendas, arrasando los sembrados y apoderándose de gran número de cabezas de ganado y de muchas armas.

El comandante Riquelme les leyó una alocución de éste traducida al árabe. El general dió vivas a España y al Rey, que fueron contestados con gran entusiasmo. Después los soldados de los batallones de Wad Ras y Saboya, que también embarcaban con destino a Arcila y a Larache respectivamente, entonaron los himnos de sus regimientos y aclamaron a las fuerzas indígenas, mientras el numeroso público que presenciaba el embarque aplaudía y vitoreaba calurosamente a los expedicionarios, que marchaban poseídos del más alto espíritu militar.

En el último número dimos la noticia de la agresión realizada por los moros contra el cañonero *General Concha*. Hoy ampliaremos con algunos detalles el relato de aquel suceso.

Navegaba el buque, el día 11, a seis millas de Alhucemas, cuando a las siete y media de la mañana encalló de proa entre unas rocas. El comandante, don Emiliano Castaño, al darse cuenta de lo ocurrido, ordenó a la tripulación que ocupara sus puestos. Mientras se reparaban las averías y partía un bote a Alhucemas en demanda de auxilios, acudieron a la playa numerosos moros que al principio se dijeron amigos de España, pero que, al poco rato, tomaron una actitud agresiva, en vista de lo cual el comandante mandó a los tripulantes que

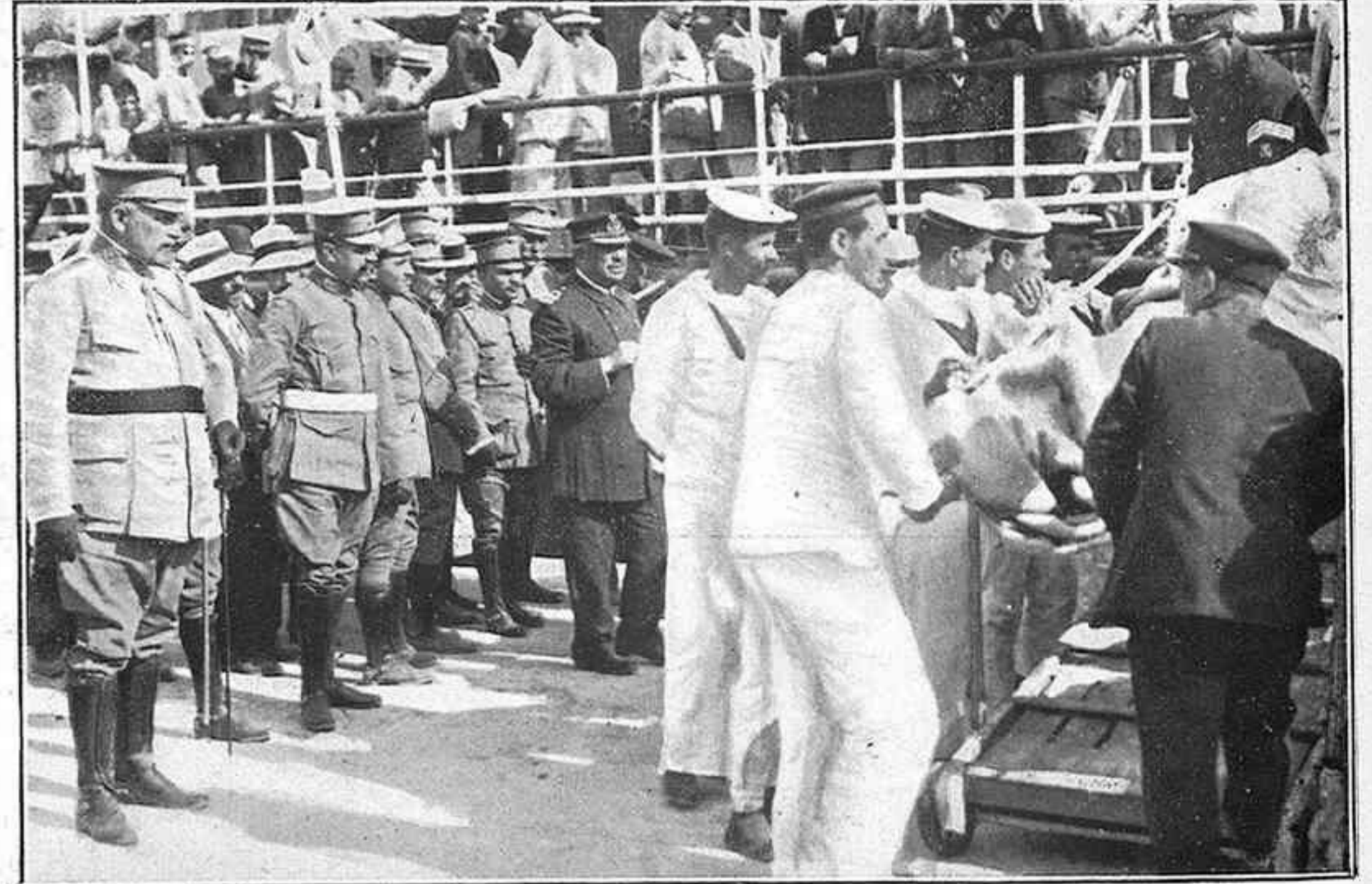
se hallaban sobre cubierta que se retirasen al interior del barco. Los moros, cuyo número iba engrosando por momentos, rompieron entonces un nutrido fuego contra el cañonero, matando a un oficial y a dos tripulantes, y muy poco después asaltaron el barco y penetraron en éste



Melilla. - Marcha de las fuerzas regulares indígenas, al mando del coronel Berenguer, a Ceuta. El comandante Riquelme leyendo una alocución del general Jordana escrita en árabe



Pérdida del cañonero «General Concha». El general Jordana desembarcando del vapor «Vicente La Roda» y dirigiéndose al «Vicente Sanz» para recoger a los muertos y heridos.



Pérdida del cañonero «General Concha». El comandante general, general Jordana, y el coronel Fernández Rano presenciando el desembarco de heridos en Melilla.

Los Beni Homar, al darse cuenta por las llamas y por el humo de lo que sucedía, retrocedieron para acudir en defensa de sus hogares, pero las fuerzas indígenas, especialmente de caballería, les salieron al encuentro y los acuchillaron. La carnicería fué horrible, habiendo dejado los moros sobre el campo más de cien muertos y habiéndose apoderado nuestras tropas de más de cien fusiles. En los poblados, quedaron más de ochenta cadáveres moros.

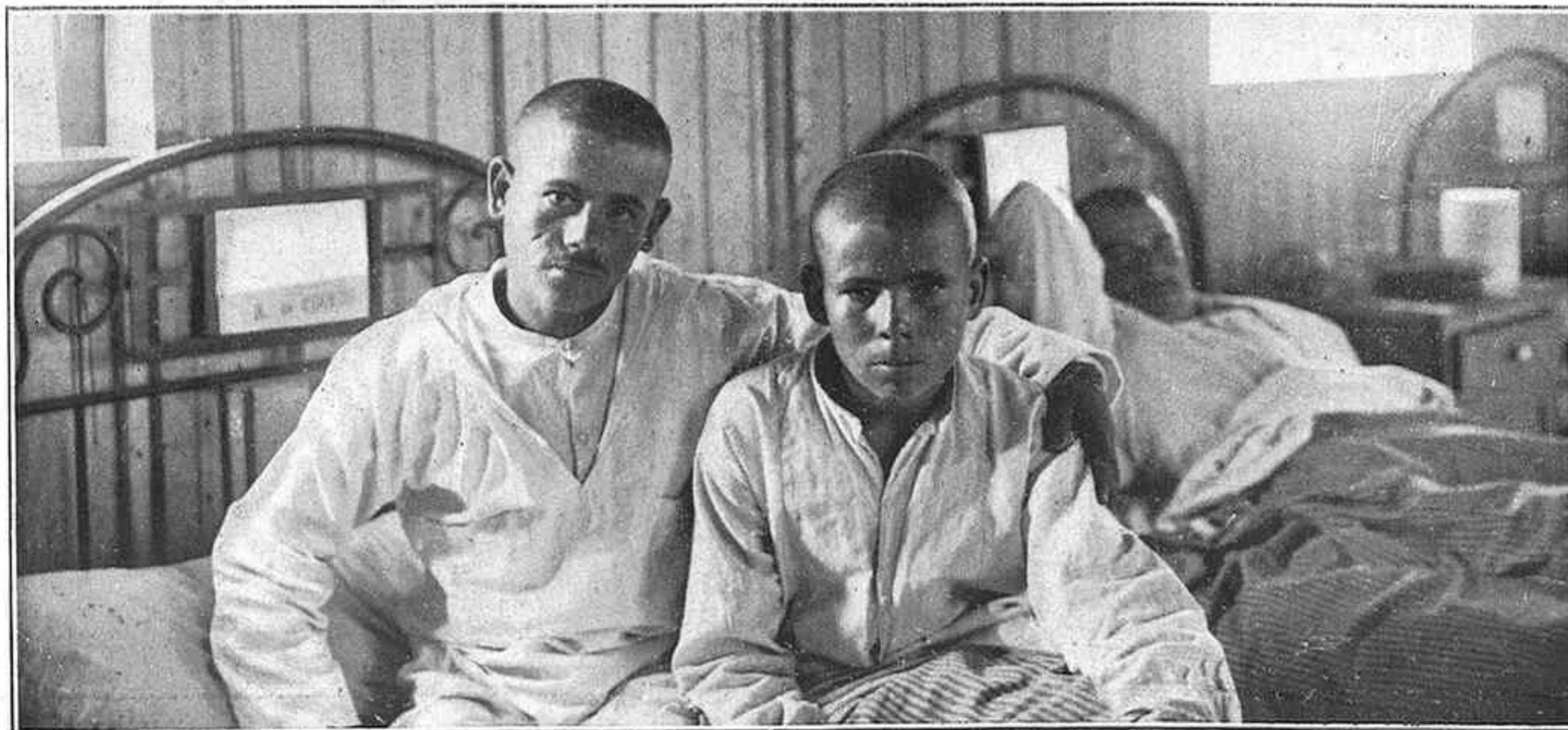
Entre tanto, la columna del general Primo de Rivera continuaba su avance, siempre castigando a los marroquíes, y llegó a la posición de Laucién, en la que quedó destacada.

Las demás tropas regresaron a sus campamentos, habiéndose efectuado el repliegue sin disparar un solo tiro, lo que demuestra el efecto desastroso que en los moros produjo la *razzia* efectuada por las fuerzas del coronel Berenguer, a las que el alto comisario de Marruecos, general Alfau, dedica entusiastas elogios en el parte oficial en que da cuenta de aquella operación.

Las fuerzas regulares indígenas que manda el coronel Berenguer estaban acantonadas en Melilla, en donde embarcaron el día 10 en dirección a Tetuán. Antes del embarque, fueron revistadas por el comandante general de aquella plaza general Jor-

trepando por las cadenas de las anclas. Advertido de ello por el marinero Manuel Bravo, único que se hallaba sobre cubierta, el comandante ordenó el toque de zafarrancho de combate y al frente de la tripulación quiso salir a cubierta; pero los moros apostados en la escalerilla le impidieron realizar su intento. Retiráronse entonces nuestros marinos al interior, disparando desde los camarotes, en tanto que los asaltantes apresaban en la cubierta de proa a un contramaestre y cuatro marineros. Poco después el comandante, comprendiendo que aquella situación era insostenible, arengó a la tripulación y al frente de ella subió a cubierta, trabando una lucha verdaderamente heroica en la que él y otros tripulantes encontraron la muerte. La llegada del cañonero *Lauria* puso en fuga a los moros, que abandonaron el *General Concha* después de haberse entregado al saqueo. Los sobrevivientes ganaron a nado el *Lauria*, siendo los heridos trasladados al vapor *Vicente Sanz* y conducidos por éste a Melilla. El comandante general, general Jordana, al tener noticia de lo que ocurría, embarcó en el vapor *Vicente*

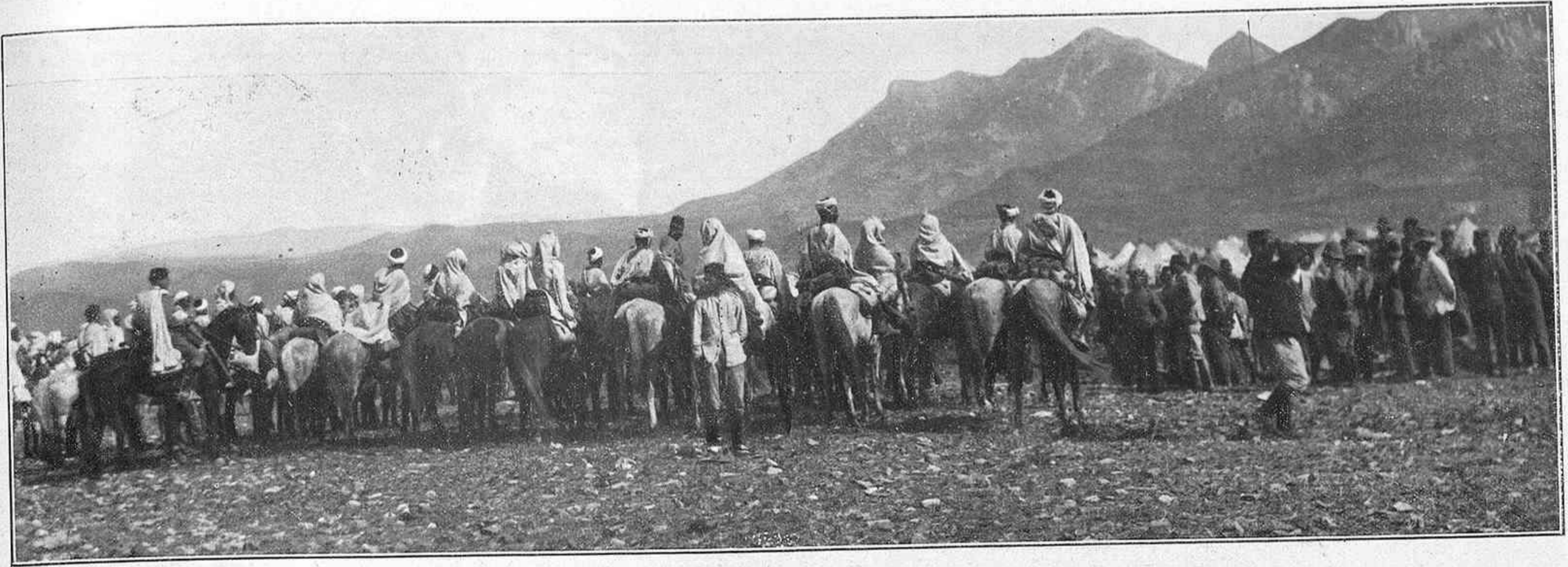
El número de bajas ha sido 17 muertos, 17 heridos y 11 prisioneros. - R.



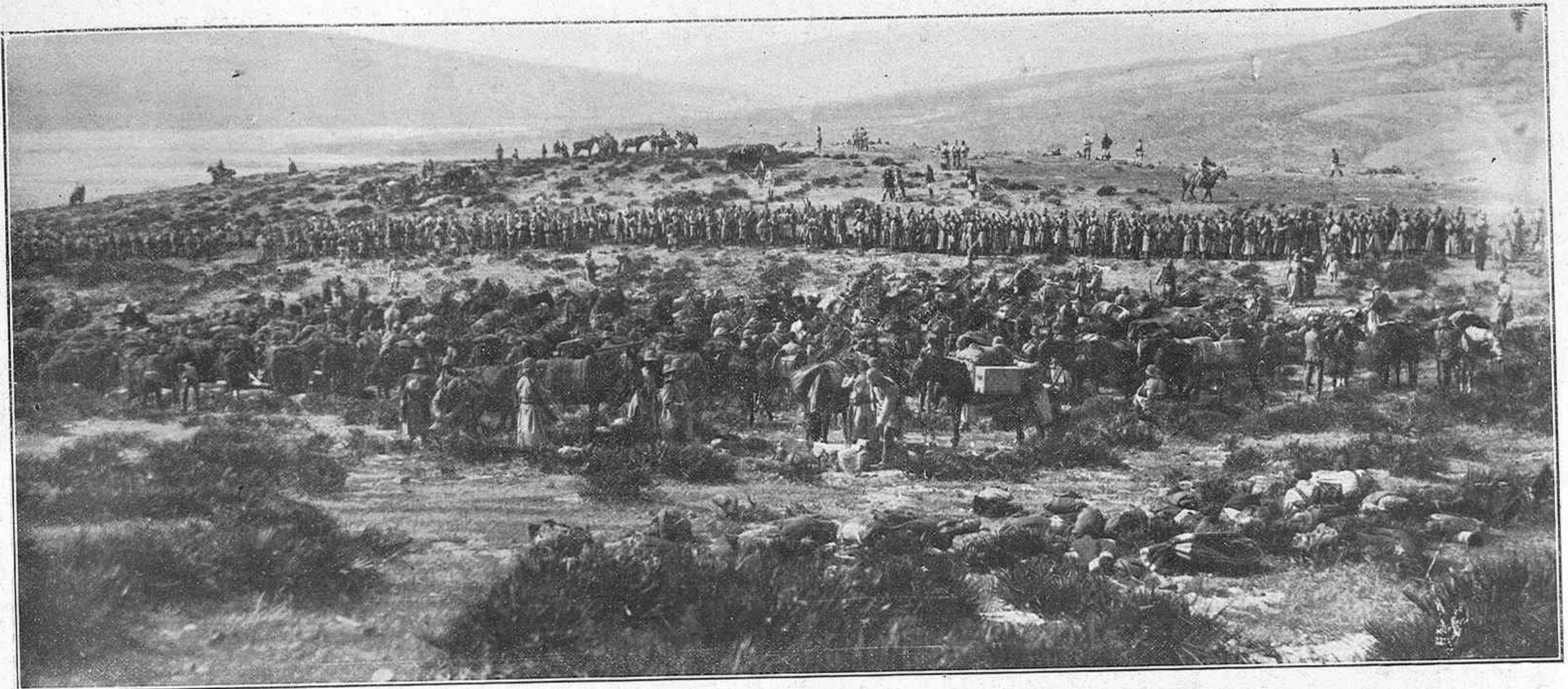
Pérdida del cañonero «General Concha». - Antonio Carrillo Martín y Manuel Bravo, marineros del cañonero heridos. El primero arrojó dos moros al agua y mató a otro

La *Roda* para dirigirse al sitio en donde había embarrancado el *General Concha*. El número

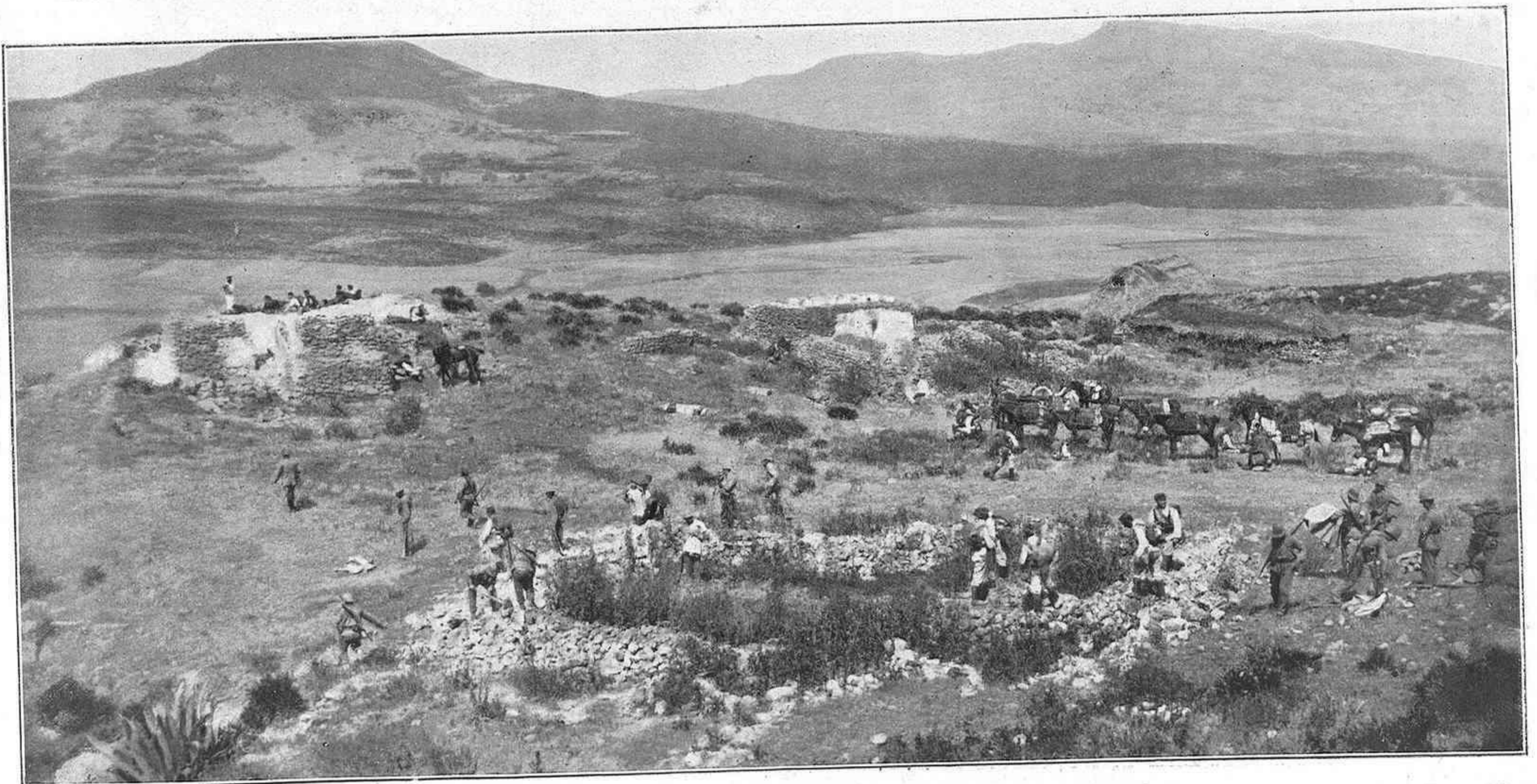




Tetuán. - Llegada al campamento general de las fuerzas regulares indígenas procedentes de Melilla



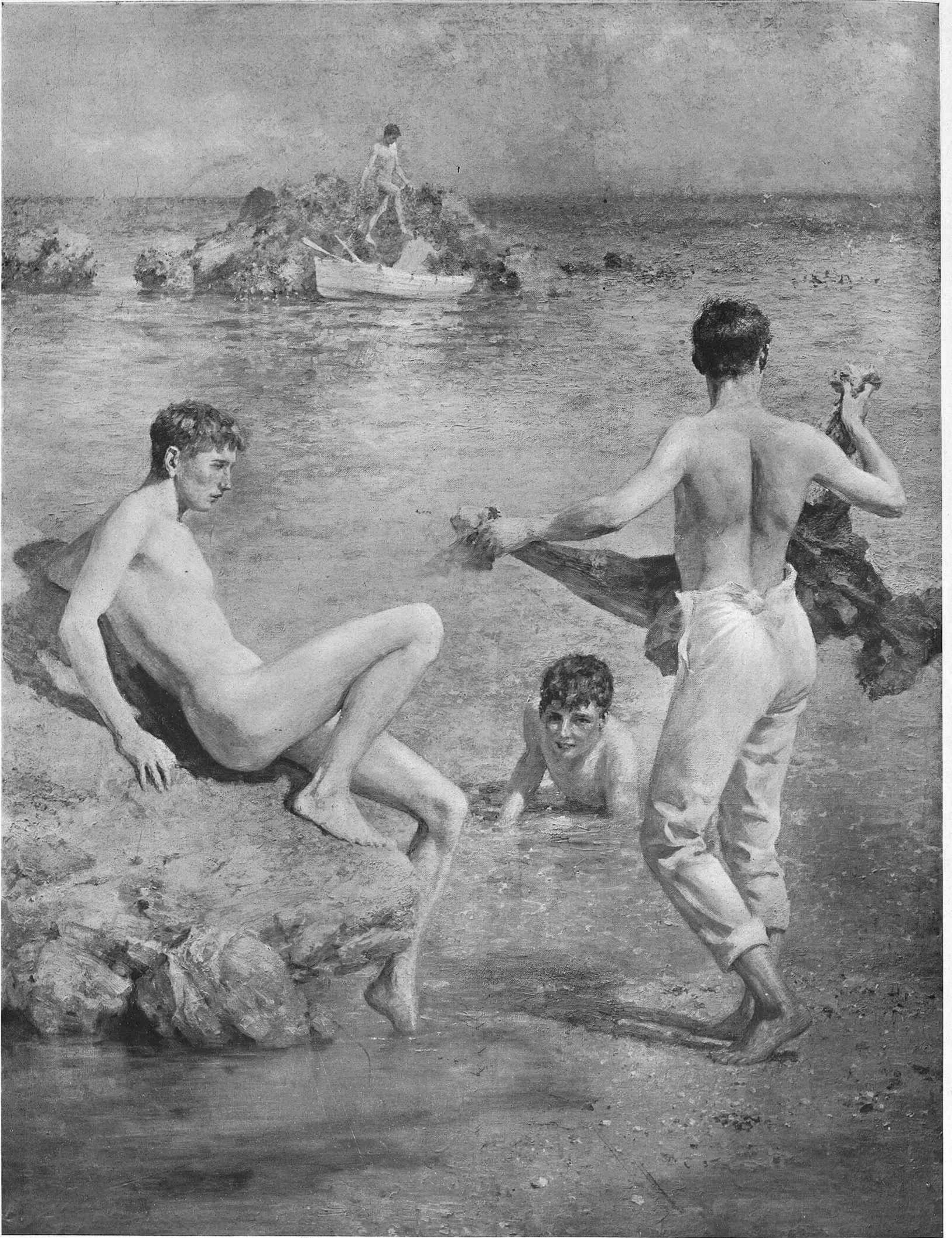
Fuerzas de Madrid, Barbastro e Ingenieros en línea de combate para proteger la primera línea de guerrillas que hace fuego



El combate del día 11. Ingenieros derribando paredes de aduares a fin de aprovechar las piedras para parapetos. (Fotografías de A. Rectoret.)

Ocioso nos parece encarecer el interés de estas fotografías tomadas por nuestro corresponsal Sr. Rectoret, quien, acompañando la columna del general Primo de Rivera, asistió al combate del día 11 de este mes que tuvo por resultado ocupar la importante posición de Lancián, y recorrió los sitios de mayor peligro a fin de obtener una información verdaderamente interesante.





LA HORA DEL BAÑO, cuadro de H. S. Tuke. (Exposición de la Real Academia de Londres.) (Reproducción autorizada.)





NOCHE PLÁCIDA cuadro de J. Morera





Barcelona. - Fiesta celebrada en el Real Lawn-Tennis Club Turó a beneficio del Ropero del Rosario. - Grupo de señoritas encargadas de la venta de flores.



Sarriá. - Fiesta celebrada en la Torre Fontanellas, propiedad de los marqueses de Villamediana, a beneficio del Patronato parroquial de Obreras. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

#### FIESTAS BENÉFICAS EN BARCELONA Y SARRIÁ

Organizadas por damas de la mejor sociedad barcelonesa, se han celebrado recientemente dos fiestas de beneficencia, ambas brillantísimas y de grandes resultados para las instituciones a quienes estaban destinados los productos de las mismas.

Efectuóse la primera en el hermoso campo que en las inmediaciones de esta capital posee el Real Lawn Tennis Club Turó, a beneficio del Ropero del Rosario; la segunda, a beneficio del Patronato parroquial de Obreras de Sarriá, bajo la advocación de la Divina Pastora, se celebró en la magnífica quinta, conocida por Torre Fontanellas, que en aquella población tienen los marqueses de Villamediana.

Como nota común a estas fiestas, diremos que a las dos concurrió lo más selecto de nuestra sociedad, luciendo las señoras elegantísimas *toilettes* y ofreciendo así el campo del Real Lawn Tennis Club Turó como los vastos y frondosos jardines de la Torre Fontanellas un aspecto animadísimo y verdaderamente espléndido. No era de esperar otra cosa dados los elementos que componen las juntas directivas de las entidades organizadoras, de las cuales forman parte señoras y señoritas de las más aristocráticas y conocidas familias barcelonesas.

En la fiesta del Real Lawn Tennis Club Turó vendiéronse y sorteáronse centenares de muñecas, muchas de ellas preciosas y todas ellas regaladas por distinguidas personalidades, y una cantidad inmensa de flores; la venta de unas y otras estaba confiada a bellísimas y elegantes señoritas, y ocioso es decir que, atraídos por los encantos de las vendedoras, los compradores fueron muchos en número y se mostraron generosos. Hubo, además, puestos de dulces, fiambres y champaña, confiados también a señoritas y en los cuales se recaudaron importantes cantidades. Durante el festival, quemáronse

fuegos japoneses, eleváronse globos, jugóse un interesante partido de *tennis* y la gente joven se entregó a la danza, a los acordes de un escogido quinteto. Las organizadoras de la fiesta merecen la más calurosa enhorabuena.

En la *garden party* de la Torre Fontanellas, además de la

Guignol que fué el encanto de los pequeñuelos. Habíase dispuesto asimismo una tómbola de muñecas y objetos artísticos, entre los cuales figuraban los enviados por SS. MM. las reinas D.<sup>na</sup> Victoria Eugenia y D.<sup>na</sup> Cristina y por S. A. la infanta D.<sup>na</sup> Isabel. Durante la fiesta, que fué amenizada por la banda del regimiento de infantería de Alcántara, sirviéronse en los jardines helados, dulces y fiambres, costeados por la marquesa de Villamediana, y cuyos productos se destinaron a aumentar la colecta benéfica. La marquesa de Villamediana y su encantadora hija la vizcondesa de la Laguna hicieron los honores de su casa con amabilidad exquisita y fueron objeto de entusiastas y merecidas felicitaciones por la admirable organización de aquella fiesta, de la que guardarán imperecedero recuerdo cuantos a ella asistieron y gratitud profunda los pobres a cuyo beneficio se ha celebrado.

#### CANET DE MAR

##### LAS FIESTAS CONSTANTINIANAS

Con grandes solemnidades religiosas se han celebrado en aquella pintoresca villa de la costa de Levante las fiestas conmemorativas de la promulgación del edicto de Constantino en el año 313. De Barcelona, de Gerona y de muchos otros pueblos acudieron a Canet numerosos peregrinos que en procesión se dirigieron a la iglesia parroquial en donde se dijo una misa de Comunión general. Terminada ésta, efectuóse la peregrinación al famoso santuario de la Misericordia, en el que se celebró un oficio durante el cual cantóse la misa de «Angelus». Los fieles ocupaban todo el interior del santuario y gran parte de la plaza que delante del mismo se extiende. Los padres José de Besalú, capuchino, y Luis María José, O. M. pronunciaron en el interior y en el exterior del templo respectivamente, elocuentes sermones demostrando la intervención que la religión católica ha tenido en la formación de la patria española.

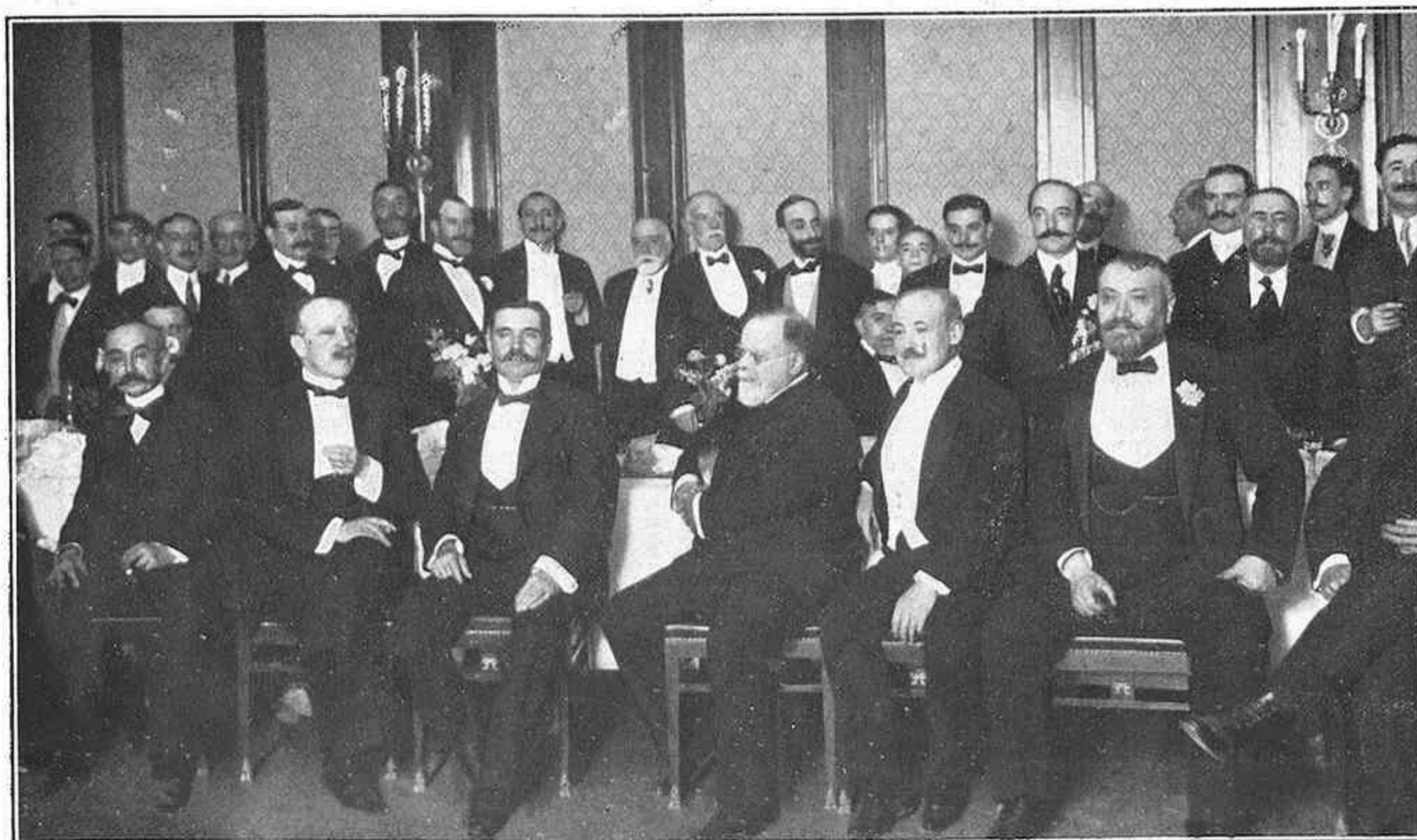
Por la tarde, en el patio del señorial castillo de Santa Florentina, celebróse una hermosa velada en homenaje de la Cruz, habiendo cantado varias piezas la capilla de música de la V. O. T. de Barcelona, el coro de la Juventud Antoniana y el *Orfèd Serafich* de Arenys de Mar y habiéndose leído inspiradas poesías de Doña Asunción Mascaró, de D. Baldomero Solé y del arcepreste de Mataró Dr. Roig.

#### MADRID. - BANQUETE EN HONOR DEL SR. PINELO

Conocida es la prodigiosa labor realizada por el celebrado pintor D. José Pinelo para divulgar el arte español contemporáneo en América, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ha honrado en más de una ocasión poniéndola de relieve en sus páginas. El gobierno, comprendiendo que tan meritorios esfuerzos debían ser premiados, ha concedido recientemente al señor Pinelo la cruz de Isabel la Católica; y para celebrar esta justa recompensa, numerosos artistas y escritores organizaron en honor del notable pintor sevillano un banquete que se celebró hace pocos días en el restaurán Tournié y al que concurrieron ilustres representantes de nuestras artes y de nuestras letras y distinguidos literatos americanos. Al final del banquete, en el que no hubo brindis, se leyeron unas sesenta adhesiones de todos los centros artísticos de España y algunos del extranjero.



Canet de Mar. - Romería al Santuario de la Misericordia organizada por la Venerable orden tercera de San Francisco con motivo de las fiestas constantinianas. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)



Madrid. - Banquete con que conocidos artistas y literatos han obsequiado al pintor José Pinelo con motivo de haberle sido concedida la cruz de Isabel la Católica. (Fot. Vidal.)

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



## LOS FABRECÉ

NOVELA ORIGINAL DE PAUL MARGUERITTE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Sin embargo, ¿no debía alegrarse de que, en aquel gran cambio de existencia, exigido por ella después de todo, no se hallase abandonado a sí mismo?

mujer la idea de esa eventualidad, le ha hecho ver por una parte la tristeza de una vejez árida, y por otra parte la reconstitución de un hogar con el se-

costumbre de privarse del almuerzo. Y ahora que su sueldo le hubiera permitido darse buena vida, se contentaba con la comida de un figón de cocheros.



- Desde ayer, Sergio está encerrado en la casa de salud del Dr. Sol, en Passy

Simona continuó la lectura:

«La señora de Luce, como he dicho, es con su esposo, la amiga más segura de mis penas. Sabe lo que vale nuestra amada Simona y lo desgraciada que ha sido.

»Por su educación y sus ideas, no concibe más que el matrimonio indisoluble, el recíproco sacrificio de los esposos. Sin embargo, es demasiado indulgente para no admitir que en ciertos casos la vida común sea imposible, y que los inconvenientes de separaciones como la nuestra puedan ser peores que un segundo matrimonio.

»Queriendo ilustrar su conciencia, no se ha limitado a mis confidencias. Ha querido conocer a mi mujer; sus numerosas relaciones le han facilitado los medios de conseguirlo. Paulina a pesar de su carácter desconfiado, viéndose halagada, se ha abierto poco a poco a la influencia irresistible de la señora Luce. Su pobreza de alma, su sequedad, su dureza arraigada han probado a mi amiga, mejor que todas mis afirmaciones, a qué punto nuestra situación era incurable.

»Prudentemente, después de conferenciar con autorizados consejeros de iglesia y con nuestro querido Esteban Arnaud, ha emitido la idea de que podría pedirse a la curia de Roma la anulación de nuestro matrimonio. Nuestra unión, rota ante la Iglesia, ya no sería, a los ojos de ésta, sino un concubinato legal, y el divorcio, en vez de ser un procedimiento brutal e impuesto por fuerza, no sería más que una formalidad de orden civil, de que la Iglesia no se ocuparía.

»Este plan ingenioso no dejaba de ofrecer grandes dificultades: objeciones de mi parte y resistencia segura de Paulina. Pero la señora de Luce tiene la tenacidad persuasiva que haría de ella un apóstol. Poco a poco ha sabido infundir en el ánimo de mi

ñor Van Bloemen, cuya asiduidad ha impresionado a mi esposa más de lo que era de esperar. Además, no tenemos hijos, y ella ha puesto gran cariño en la hija enferma de ese hombre: hay ahí un deber que parece seducirla.

»El P. Arnaud parte otra vez para Roma, y sé que servirá esas intenciones en la medida de su influencia, que no es pequeña en el concepto de la señora de Luce, sin contar con que ella misma, merced a la posición de su marido y a su rango en el mundo católico, tiene apoyos considerables. He aquí, pues, amigo mío, un rayo de esperanza que entra en mi vida. No quiero hacerme ilusiones, no quiero esperar demasiado del porvenir. Que Simona sepa, sin embargo, que pienso en ella con un fervor indecible y que, por unirme a ella un día, no perdonaré tentativa ni sacrificio alguno.»

Simona, desesperanzada, dejó caer esta carta de sus manos.

¿De qué serviría que Enrique recobrase algún día su libertad, si ella nunca debía recobrar la suya?

Las vacaciones o licencia por enfermo obtenida por el Sr. Virquot había terminado. Los granos de su cara se secaban, pudiendo decirse que poseía cutis nuevo.

No dudaba triunfar un día, quizá no muy lejano, de la reserva púdica de Sofía. El hombre calculaba las ventajas de semejante enlace. Por una parte, la señorita Fabrecé debía aportar un buen dote y esperanzas risueñas, y por otra parte sus cualidades prácticas asegurarían al matrimonio economías provechosas.

El Sr. Virquot, avaro, estimaba que un céntimo es un céntimo. Coleccionando las segundas hojas de las cartas, las utilizaba para su correspondencia particular. De su juventud difícil había conservado la

Sus propinas eran de una parsimonia vergonzosa; y cuando una de sus prendas de vestir estaba muy usada, la hacía volver al revés por algún sastre del barrio.

Entregado completamente al espejismo de la grandiosa ganga representada por su himeneo con la más madura de los Fabrecé, confiaba a pedacitos de papel la previsión de sus cálculos; de vez en cuando apuntaba en ellos alguna idea, en medio de su trabajo de oficina.

Y así fué que cierta mañana Juan Marcos tuvo la sorpresa de encontrar, dentro de un informe que el Sr. Virquot acababa de entregarle, un reverso de sobre en que, de su letra más innegable, el ingeniero había trazado estas líneas, que el jefe leyó con natural asombro:

PRESUPUESTO IMPONIBLE A SOFÍA

Tomar un piso de 3.000 francos a lo sumo: 2.700 si es posible, con agua, gas, electricidad y alfombra.

Una criada y una mujer de faena, bastan.

Sofía hará todos sus arreglos de trajes y abrigos con una modista a jornal.

Bolsillo particular de Sofía: 150 francos mensuales deben bastarle con exceso.

Seguía un programa de existencia en caracteres diminutos; tanto para la comida, tanto para las contribuciones, tanto para viajes, tanto para el médico.

Y esto otro:

Nada de hijos. Cuestan demasiado dinero, y Sofía tiene demasiada edad para permitirse ese lujo.

Juan Marcos apretó el botón de su llamador eléctrico. Se le había encendido el rostro y se disponía a decir al mozo del despacho:



«Avisé al Sr. Virquot que necesito hablarle.»

No sabía si restregarle aquel papel por la cara o darle un puntapié en otra parte. Lo cierto es que lo despediría en el acto. ¡El badulaque!, ¡atreverse a disponer así de la fortuna de Sofía!, ¡del amor de Sofía! ¿Después de haber fracasado con Isabel, emprenderla con la mayor? ¡Y todo por cálculo, por in-noble interés!

Mas luego Juan Marcos vaciló. A pesar de ser irreprochable, sin duda alguna, Sofía tenía alguna responsabilidad, aunque muy ligera, en aquel embrollo ridículo, a causa de su aire lánguido, de sus trajes claros y de sus humos de rejuvenecimiento algo pretenciosos. Merecía una pequeña lección que tendría el doble mérito de curarla en el presente y ponerla en guardia para el porvenir.

¿Había pensado realmente casarse con el Sr. Virquot? ¿Qué locura de mujer! ¡Entregar su dinero a un Virquot!..

Lo cierto es que Juan Marcos consideraba que habiendo renunciado Sofía al matrimonio, había prescripción; mejor dicho, convención tácita de su parte de no llevar a nadie más que a los mellizos una herencia que, ¡lo más tarde posible, por supuesto!, re-dondearía legítimamente su patrimonio.

Esto le parecía justo y natural: ¿no era él el preferido de su hermana? ¿Y no era ella, su vieja Sofía, su preferida?

Después del almuerzo, se la llevó a pasear por el parque y le dijo:

— Toma, aquí tienes lo que Virquot me ha remitido por descuido dentro de un informe.

Por discreción, apartó la vista, mientras Sofía, ante aquella cínica revelación del alma de su pretendiente, palidecía para ponerse luego encarnada, y vacilaba entre el llanto o la rabia destructora.

— ¿Quieres que le despida hoy mismo?

Ella respiró con esfuerzo; su decepción era amarga. Tan lista y suspicaz, ¡haberse creído amada por su persona!.. ¡Haber pensado con simpatía en aquel tacaño!..

Acordóse del traje color de chocolate, de los guantes amarillos, y le dieron ganas de reír nerviosamente pensando en los peces encarnados. ¡Y se había compadecido de él en su enfermedad!

Lo más penoso no era el haber tarifado de aquella manera los gastos de la que le hubiese aportado tan cuantiosa dote, sino el haberla considerado vieja para tener hijos. Aunque fuera cierto, ¿debía tener la indelicadeza de decirlo?

— ¿Qué decides?, le preguntó Juan Marcos?

Sofía miró a su hermano con una calma difícil de conservar; pero era animosa y, cuando era preciso, sabía mostrarse noble.

— Es un infeliz; me da lástima.

Y añadió, con vengadora decisión:

— Le hablaré yo.

Aun no había transcurrido una hora cuando, después de haberse procurado la satisfacción de provocar y de oír las ampulosas declaraciones del gordiflón, le puso ante los ojos el ignominioso papel, y cubriéndolo de desprecio, le enseñó la puerta.

Virquot estuvo a punto de tener otra erupción cutánea. Pidió una licencia de seis meses que Juan Marcos le concedió con desdeñosa ironía.

Desde entonces, Sofía llevó trajes de tonos severos y cesó de ondularse los cabellos. Regaló el bocal de peces encarnados a la portera, señora Aljeán, y se ocupó en el equipo de viaje de Neneta y de Mimi.

Juan Marcos las confiaba a los Jacquemer que iban a pasar unas cuantas semanas en Inglaterra.

## V

Había llegado octubre; los álamos blancos amarilleaban en una gloria de oro; las parras rojas de las terrazas se deshojaban, los asteres y los girasoles estallaban en flores moradas y amarillas. Los primeros crisantemos mezclaban su acre perfume con los sosos fermentos de la tierra. El bosque palidecía; acá y acullá, las hayas purpurinas formaban violentas manchas, los castaños de esmeralda se matizaban de colores leonados; los matorrales apagaban sus fuegos violáceos; los hongos presentaban su inmensa variedad de formas y matices neutros.

Oliverio, a pie, se dirigía hacia la estación. Su licencia de convaleciente tocaba a su fin; tenía que embarcarse dentro de ocho días. Su madre, horas antes, le había estrechado largamente las manos, mirándole en los ojos.

Había notado que el «caballero», su querido Oliverio, su eterno ausente, atravesaba una crisis grave. Había seguido las luchas y los fracasos de esa crisis y finalmente la victoria en aquel rostro ascético. En silencio, ambos se habían comprendido. Con un sus-

piro lleno de compasión, ella había aprobado su valor. No le extrañaba que su hijo hubiese dominado sus dudas y sus tentaciones; su egoísmo maternal, muy excusable, se alegraba de que ninguna pena les causase aquel hijo predilecto, aquel grave y noble ser a quien tenía ella cierto respeto.

Ya bastaba con las tristezas causadas por los dos menores y con la pena inconsolada de Simona. Cier-to es que la dicha del Chino servía de compensación. En una gran familia, el bien y el mal, la alegría y la pena se equilibran en virtud de leyes obs-curas; resultante de los caracteres y parte de la casualidad.

Oliverio pensó con satisfacción en la aventura del Cónsul, que había vuelto de Vichy con novia.

Ésta no era Liana ni ninguna de las que le habían propuesto. Era una señorita provinciana cuya madre cuarenta años atrás, había sido amiga de la señora Fabrecé. Las dos mamás se habían encontrado en el parque, en la cantina, en el hotel, complaciéndose en evocar sus recuerdos.

La señora de Rovira, viuda de un notario de Tours, había dado una excelente educación a su hija única en el campo, en uno de esos retiros en que la vida interior con los cuidados del hogar, la lectura y el afecto profundo, adquiere todo su tranquilo resplandor. De éste quedaba un dulce brillo en las facciones de la señorita Rovira: esa expresión de pureza que ya no se ve hoy casi nunca y que es la señal de una hermosa alma que se ignora. Liana pretendía que Juana era tonta y que, como tal, se ignoraría siempre. Despecho injusto. En cuanto a Jaime, había sido conquistado en seguida.

A la madre le había costado gran pena el aceptar la separación. ¡Dos o tres años sin ver a su hija! ¡Un país bárbaro! ¡Las cartas que tardan dos meses en llegar! ¡La inquietud del clima, de los hombres y de los acontecimientos! ¡Aquella China rodeada de leyendas rojas — matanzas de misioneros, suplicios refinados — y minada de trastornos que según vaticinios de Jaime, conducirían al derrocamiento de la dinastía manchú y a la proclamación de la república! Todo con sacudidas sangrientas, motines y saqueos. ¡Cuántas alarmas!

Sin embargo había consentido; Jaime amaba y era amado, y esto era lo esencial. Por lo demás, Dios proveería. La viuda de Rovira no podía desear para su hija una familia más considerada; la dote modesta de Juana sería poca cosa al lado de sus méritos; y Jaime hubiera podido desear un matrimonio más ventajoso.

Oliverio sonrió; la alegría de su hermano le consolaba de haber sufrido y de volverse a África con las manos vacías, como soldado que ha hecho voto de soledad, de privación y de sacrificio.

¡Qué simpática, qué encantadora cuñada iba a traer el bueno de Jaime a fin de mes!

Como que raramente se realiza lo que se desea, la novia de su hermano no era rubia, ni tenía rosada la cara, ni era alta ni esbelta, sino pequeña, de cutis mate y hermosos cabellos negros.

Iban a casarse la víspera de la partida de Oliverio, en la más estricta intimidad, a causa de las tristezas que habían llovido sobre Val-Montoir: Simona y sus dos hermanos menores...

En éstos pensaba.

Su madre se desolaba con razón, y Oliverio se explicaba la irritación de su padre y los ataques bruscos de Juan Marcos.

¡Aquel Florencio impulsivo, lleno de buenas voluntades destruidas por fantásticos retornos al instinto bruto! Aquel Florencio dotado de buenas cualidades, apto para todo y no realizando nada, como si, después de todas las hadas propicias, se hubiese inclinado sobre su cuna la mala bruja Carabosa, que de un varillazo destruía los dones de sus compañeras.

En dos meses, había acumulado disparates sobre disparates. Infeudado a aquella mujer, a aquella Danila a quien no podía tener amor y estimación y a quien, sin embargo, seguía como un perrito faldero, había llevado una vida desordenada, contrayendo deudas, cubriendo aquella muchacha de trajes costosos y de joyas pagadas con el dinero de los usureros.

Reproches del padre y de la madre, reconvenciones de sus hermanos, censuras de sus hermanas, todo había tropezado con una de esas extrañas obstinaciones que eran el rasgo más saliente de su carácter y duraban hasta un cambio de viento imprevisto.

El Sr. Fabrecé había tenido que sacarlo de graves apuros: un collar de perlas, no enteramente pagado y empeñado en el Monte de Piedad. Comprometido por aquella Danila en los círculos anarquistas; una historia de riña y heridas, por las cuales el padre había conseguido a duras penas que no se le encausara.

Y, sin embargo, Florencio valía más que sus locuras. Se veía que luchaba; su orgullo se disputaba con su razón, y las impulsiones mórbidas de su cerebro con los arranques generosos de su corazón.

Quizá, si Isabel se hubiese encontrado en Val-Montoir, y Antonio también, Florencio hubiera obedecido a su buena influencia, en parte al menos; porque deseaba conservar el afecto de Antonio y la estimación de Isabel más que todo.

Su respeto a su padre y a su madre no era suficiente para contentarlo; y Juan Marcos, en aquellos malos momentos, tenía el don de exasperarlo. Pero Antonio estaba lejos...

¡Otra tristeza!

¡Pobre Antonio! Oliverio no podía menos de quererlo y compadecerlo.

Una *charrette* inglesa venía en sentido inverso.

Reconoció a Bernard que guiaba, con su buena cara rojiza y sus ojos francos. Venía del mercado de Fontainebleau, con excelente fruta en un cesto y un lucio enorme en hielo.

— Suba usted, dijo, y le llevaré a la estación.

Oliverio prefería andar, ¡pero el tono del buen secretario era tan estimulante!..

— Traigo provisiones, dijo, haciendo dar media vuelta al poney. Las señoras de Rovira vienen a comer.

Luego añadió señalando la cesta:

— Pruebe usted uno de esos melocotones... ¿No? ¡Qué lástima que Florencio y Antonio no estén ahora aquí! A Florencio le gusta tanto el lucio, y Antonio se hubiera regalado con esta hermosa fruta.

Preocupado, meneó la cabeza.

— Crea usted que no es Florencio el que más me inquieta. ¡Es tan joven!, algo loco, sí, pero cambiará. Además, el peligro ha pasado.

Oliverio le miró.

— ¿Usted no sabe todavía? Ayer, el Sr. Fabrecé obtuvo el decreto de expulsión de esa mujer como extranjera; esta mañana la han acompañado a la frontera con todo el respeto que le es debido. Era lo único que podía hacerse, puesto que Florencio no quería escuchar a nadie. Sin embargo, su padre lo ha reprendido severamente.

Oliverio dijo:

— ¡Con tal que no la siga al extranjero!

Bernard replicó:

— ¡Cómo! ¡Un Fabrecé! No; estoy seguro de que Florencio se someterá; y como su salud se ha resentido de la vida que acaba de llevar, irá a restablecerse en Pau, donde su padre lo destierra confiándolo a amigos seguros.

Y añadió acariciando con el látigo los costados rollizos del poney, que sacudió sus cascabeles.

— Ya verá usted cómo eso se arregla, mientras que por lo que toca a Antonio...

Su desolación pareció a Oliverio excesiva y algo cómica. A fuerza de vivir en la casa, Bernard se volvía más realista que el rey. Las calaveradas de Florencio le inspiraban la secreta admiración que un burgués experimenta viendo a un príncipe de la sangre apalearse a la ronda y frecuentar los garitos. Al paso que Antonio le hacía el efecto del noble que se encanalla casándose con una vaquera.

De humilde origen, Bernard tenía un inmenso orgullo por los Fabrecé.

El hombre refunfuñó:

— Cuando supe que los Maldant se largaban, hace un par de meses, con el pretexto de la muerte de una tía de que heredaban en el Mediodía, pensé: «Eso simplifica las cosas, ¡buen viaje! ¡Nuestro Antonio no tardará en olvidar a la chica!» Y resulta que acude como un tigre. Creo, a fe, que quería devorar a todo el mundo. Abandona su puesto de la Garandiera, y corre a Vence, detrás de Noemia, el tío Maldant y la chica. Ya sabrá usted que se han encargado del establecimiento de horticultura de su tía Leocadia, y parece que Antonio trabaja como un jornalero, removiendo la tierra y cuidando de las flores.

»Los Maldant han sido muy listos. Aquí se podía desbaratar sus planes mientras que allá...

Oliverio protestó: Noemia era incapaz de semejante cálculo. Bernard se desconcertó:

— ¡Ah!, ¿usted cree?.. Yo hablo según dice Juan Marcos que cree que la muchacha es muy ladina...

— No, dijo Oliverio; Jenny-Rosa es una chica honrada, estoy seguro.

— ¡Honrada, honrada!.., más vale creerlo... Pero usted sabe que la gente es muy curiosa y maldiciente... A mí me han dicho que hubo escenas violentas entre Noemia y su hija, y que si cambiaron de país fue porque sus razones tenían...

— ¿Qué razones?, preguntó Oliverio.

Éste no aprobaba la obstinación de Antonio en lucha contra la autoridad paterna; pero no podía



admitir que se sospechase de la honradez de Jenny-Rosa.

Puso la mano sobre la manga de Bernard y le dijo:

— Usted no debe creer lo que le cuentan, amigo mío, y mucho menos hacerse eco de esas habladurías.

Hubo un silencio; de pronto, la partida de los Maldant, la actitud de su hermano: una brusca luz le hirió. ¡Era posible que los muchachos hubiesen cedido a la impetuosidad de su juventud!.. Tentaciones aumentadas por la resistencia de los suyos, sus citas libres, la complicidad del bosque...

Antonio no era hombre para eludir las responsabilidades; ello explicaría su persistencia en permanecer en Vence a pesar de los llamamientos y de las órdenes, si era cierto que los Maldant lo hubiesen acogido, como a Jacob cerca de Raquel en casa de Labán.

Pero Oliverio se guardó estas reflexiones para sí.

La *charrette* se detuvo delante de la estación; el oficial tomó un tren anterior al que había elegido.

Al ruido de las ruedas, su pensamiento se dirigía ansioso hacia su hermano, a través de la distancia opaca. No verse..., no saber...

Y no era lo que Bernard creía.

La verdad es que, desde la noche de la Laguna de las Eveas, Jenny-Rosa había experimentado inquietudes cuya naturaleza había adivinado Noemia a los tres meses. Su cólera, su desesperación, no podían cambiar aquella fatalidad a plazo fijo. Al menos su hija no se exponería a la vergüenza en el país que la había visto crecer, a la puerta de los Fabrecé.

Su brusca resolución decidió al marido a abandonar la casa en que había vivido veintidós años y trasladarse a la vertiente de una de esas colinas de Vence, en que añosos olivos de retorcido tronco crecen a lo largo de paredes secas, y donde en la tierra roja las anémonas, los alelíos, los rosales y los claveles se alinean en hileras interminables y, en mazos, van a llenar las cestas que se remiten a las floristas.

Noemia no había previsto que Antonio los seguiría. Estaba pues resuelta a ocultarle la desgracia de Jenny-Rosa y la parte que él tenía en el trastorno de su vida. Y eso, tanto por orgullo como por rencor. Pero sobre todo por pundonor de personas de probidad que no reclaman nada, que no aceptan ninguna compensación, sino que expían por los demás, por esos Fabrecé a quienes, a pesar de todo, creía aún deber obligaciones.

En pocas semanas había envejecido y desmejorado enormemente. Su corazón rudo y bueno no podía resignarse a que su Jenny-Rosa hubiese caído en falta. Ampararía a la criatura que iba a venir al mundo; pero en adelante el pan, el vino y hasta el aire que respirarían tendría un gusto amargo.

La súbita llegada de Antonio, advertido por Florencio de la emigración de la familia, las explicaciones muy vivas en que su obstinación tropezaba con la de Noemia, no habían podido vencer las resistencias de los Maldant.

Bernard los calumniaba, acusándolos de tolerar la intrusión del hijo de sus bienhechores bajo su mismo techo.

Noemia no se había apiadado del pesar, ni de los remordimientos, ni de las protestas de Antonio: su puesto no era aquél.

¡Que se volviese a su casa! Peor para la chica.

— Nunca, ¿entiendes?, nunca consentiré en ese matrimonio.

— ¿Quieres que me mate para reparar?..

— Eso no repararía nada, muchacho.

— ¡Pero piensa en tu hija a quien yo amo!

— ¡Desde luego había que respetarla!

— Toda la falta es mía.

— Y la vergüenza para ella.

Antonio había estado a punto de escribir a sus padres confesándoles la verdad. Pero aun zumbaba en sus oídos la negativa del padre. No le perdonarían el no haber cumplido durante los seis meses convenidos su promesa. Desesperó de la justicia y de la bondad de los suyos. Él solo, asumiría su deber de protección y sacrificio. No se casaría con Miguita contra la voluntad de sus padres, pero a pesar de todo la haría su mujer.

Y sucedió lo que debía suceder. Tres días después, Miguita, sollozante, vencida por sus súplicas, vino a apoyarse en su hombro y consintió en vivir con él, con la franqueza de una hija del pueblo que va hacia el hombre a quien ama, hacia el padre del pequeño ser que palpita en su seno.

Vivían en un pueblo vecino, en Saint-Jeanet.

Con sus economías y la parte de patrimonio que le correspondía de su abuelo Siglet-du-Salt, Antonio había alquilado un pequeño cortijo. Y en lo que te-

nía razón Bernard era en que el muchacho removía la tierra, vigilaba los rampollos y regaba las plantas, con ayuda de Miguita, un jornalero y dos viejas campesinas curtidas por el sol y arrugadas bajo sus sombreros de paja negra a la antigua.

Esto, Oliverio lo ignoraba, como también la ruptura de Miga con sus padres que no quisieron volverlos a ver, y cuya honrada intransigencia era desconocida en Val-Montoir. Y sin embargo, ¡qué pena tan desgarradora para Maldant y Noemia, cuando encontraban a la joven pareja y apartaban los ojos!..

El tren se detuvo en la estación de Lyon. Un auto; el Sena resplandeciente de sol, los malecones desiertos, los árboles quemados y enrojecidos en que una segunda verdura aparecía acá y acullá, luego el bosque, el lago de Saint-James y Neuilly.

Detúvose delante de un gran edificio nuevo rodeado de un parque; encima de la puerta cochera, un letrero en letras de oro que decía: «Colegio Clemence Royer». Una mujer de gran talento, consagrada a la enseñanza libre, dirigía aquella notable institución preparatoria para los exámenes superiores. Extenuada por una lenta enfermedad, la señorita Micael había necesitado una auxiliar, y gracias a Cirilo Jacquemer, Isabel Sarnel había entrado en calidad de subdirectora de los estudios.

Condujeron con muestras de consideración a Oliverio, por una galería y una vasta escalera, a una antesala luminosa, y casi en seguida fué introducido en un gran gabinete de trabajo en que la señorita Sarnel se levantó a su entrada.

— Prefiero verla a usted aquí, dijo él.

Recordaba la salita baja de techo, los pajaritos enjaulados, la voz agria de Julieta, y el aire de animosa resignación de su amiga, y se alegró de contemplarla en aquel nuevo cuadro más digno de ella. Las ventanas daban a una vegetación rojiza, anchas y altas bibliotecas talladas dejaban ver sus hileras de libros encuadernados; sobre la inmensa mesa de trabajo había montones de cuadernos y cajas de fichas. Sólo las muletas al alcance de la mano recordaban la secreta miseria de aquella vida.

Isabel le sonrió; sus admirables ojos parecían más grandes. Sus funciones, su labor, el manantial de ideas y sensaciones fecundas que su papel de educadora hacía brotar en ella, le daban una nueva expresión; respetada, querida de sus discípulas, de aquellas jóvenes cuyas faldas se veía ondular a través de los árboles, llevaba impresa en el rostro la expansión de su apostolado tardío y todo aquello iba revestido de una gracia melancólica.

— ¿Está usted a gusto aquí?, le preguntó Oliverio.

— Sería completamente feliz sin la injusticia de los míos.

— ¡Ah, sí!

La madre y las hermanas no perdonaban a Isabel el que se les hubiese escapado, ni su evolución repentina.

Aceptando los pesados sacrificios que ella se imponía y sus liberalidades generosas, la pagaban con negra ingratitud. No teniendo ya nada que sacar de ella, podían rechazarla impunemente, sin dejar de mostrarse en extremo exigentes.

La señorita Sarnel había necesitado cierto valor para no dejarse vencer por sus recriminaciones. Lo más doloroso para ella había sido el convencimiento de que no la amaban. Además, Marta iba decididamente por mal camino. Se hablaba de embarcar a Alejandro para Madagascar. Julieta daba mala vida a su madre. Todos aquellos egoísmos feroces se desencadenaban a porfía. Isabel sufría a causa de ello como si tuviese parte de responsabilidad.

— No hay que padecer por los malos. Su vida está en otra parte.

Ella bajó la cabeza y puso sobre la mesa el lápiz que hacía girar maquinalmente entre sus dedos.

— Sí, pero se necesita bastante tiempo para cesar de amar...

Al decir esto, había tenido un ligero temblor en la voz.

— ¡Pobre amiga! Olvídelas usted.

Isabel no contestó... Y Oliverio se compadeció de ella. La inferioridad de las personas tiernas está en sufrir por los que no lo merecen.

La joven le miró más tranquila y dijo:

— Conque, ¿va usted a partir?

— Muy pronto.

Hubo una pausa llena de sentimientos no expresados, de pensamientos graves, de pesares impotentes. Si hubiese podido, él se hubiera quedado y le hubiese dicho:

«¡Sea usted mi esposa! No encontraré jamás un alma más próxima a la mía, un ideal más semejante al mío.»

Pero no podía. Las muletas tiesas, a derecha e iz-

quierda del sillón, parecían las simbólicas barreras que separaban aquellas existencias tan bien hechas para unirse. Y esto, Isabel lo sabía, y le causaba un gran dolor, como a él. Ser mujer por el cerebro, por el corazón, por todo lo que eleva por cima de las realidades mediocres y empuja hacia la vida, hacia el amor; y, tullida, arrastrarse como un crustáceo, sin poder ofrecerse ni crear la vida...

— ¡Cuán pronto han pasado estos meses!, murmuró ella.

— Demasiado pronto, dijo Oliverio.

— Su profesión va a ocuparle mucho.

— Es preciso. ¿La de usted también?

— Lo espero... ¡Lo quiero!

Y no dijeron nada más.

¿Qué hubieran podido añadir?

Eran de esos sacrificados cuyo destino consistía en consagrar toda su inteligencia y toda su abnegación a una obra. Separados por millones de leguas, procurarían formar conciencias, despertando en torno de ellos ideas de razón y de deber. Así su tarea en este mundo no sería vana, y, no pudiendo vivir para sí mismos, habrían vivido para los demás.

— Hábleme usted de sus trabajos.

Ella dió detalles: organizaba los cursos, vigilaba ciertas clases, daba conferencias. Su cutis se animó: comprendíase pues que realizaba su verdadera vocación.

Y se lo debía a él.

— ¿Y usted?, preguntó ella.

Oliverio refirió, en frases sencillas y cortas, la vida austera que le esperaba; así podrían, pensando uno en otro, representarse el empleo de sus días. Y hablaron también de los libros por los cuales su predilección los unía.

— ¿Me escribirá usted de vez en cuando?, preguntó Isabel con el temor de que se negase.

— Sí, de vez en cuando.

Por lo demás, ¿no comulgarían a través del silencio, en la memoria del desaparecido, de Andrés Sarnel?

Un reloj imperio de bronce dorado dió la hora, con un timbre solemne como la voz del tiempo: aquellos minutos que habían vivido juntos ya pertenecían al pasado. Y al pasado luego los meses y los años que vivirían. Todo iba al abismo inevitable en que se hundían los pensamientos, los actos, los dolores, las alegrías y el mismo amor.

Oliverio se levantó:

— Adiós, amiga mía.

Una tristeza espantosa descompuso las facciones de la joven.

— Adiós, Oliverio.

Sus manos se estrecharon, con un apretón fuerte y breve; los grandes ojos de Isabel se llenaron de lágrimas; pero estas lágrimas, Oliverio no las vió o no quiso verlas. Había cerrado la puerta y se alejaba a grandes pasos.

Con la frente en las manos, la señorita Sarnel, inmóvil, sintió morir en ella su destino fracasado. Voces juveniles la sacaron de su abatimiento. Enjugóse las lágrimas y tuvo la fuerza de sonreír a los rostros tímidos y amantes que aparecían en la abertura de la puerta.

— ¿Da usted su permiso, señorita?

Su destino iba a ser aquella maternidad estéril, aquella afición a fondo perdido por aquellas transeuntes de la vida laboriosa.

— ¡Adelante, hijas mías!

## VI

Los Jacquemer habían abandonado sucesivamente Brighton y Londres. La nerviosidad de Cirilo exigía un sitio retirado; para trabajar necesitaba condiciones de silencio absoluto. Habían ido a pasar el fin del otoño en Jersey, en una quinta de Saint-Aubin.

Un gran jardín todavía verde, lleno de plantas exóticas, dominaba la playa y el mar azul, estriado de rayas concéntricas, como se ven en las costas marítimas.

Gigantescos castaños dejaban caer pausadamente sus hojas amarillas. Y bajo grandes piedras se descubrían sapos enormes.

Un viejo jardinero meticuloso barría las alamedas limpias como un salón de baile. La casa estaba rodeada de geranios trepadores; una veranda de cristal acumulaba el calor.

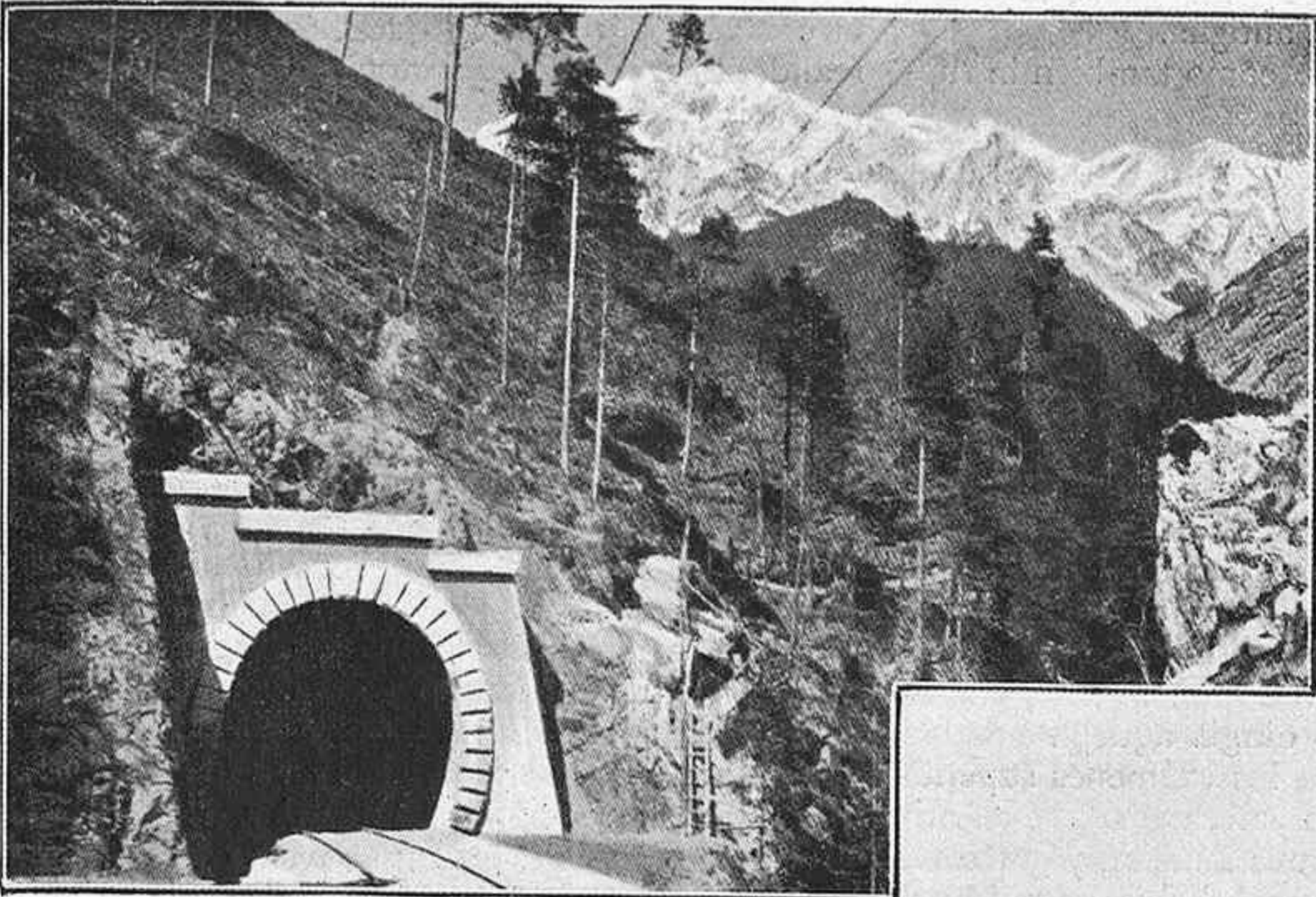
Interiormente, el confort inglés se manifestaba en anchos sillones, camas blandas, el comedor con sus aparadores, su vajilla de plata reluciente y sus grandes platos.

Neneta y Mimi eran al fin dichosas.

(Se continuará.)



## EL FERROCARRIL DE MITTENWALD (ALTA BAVIERA)



El túnel de Fragenstein

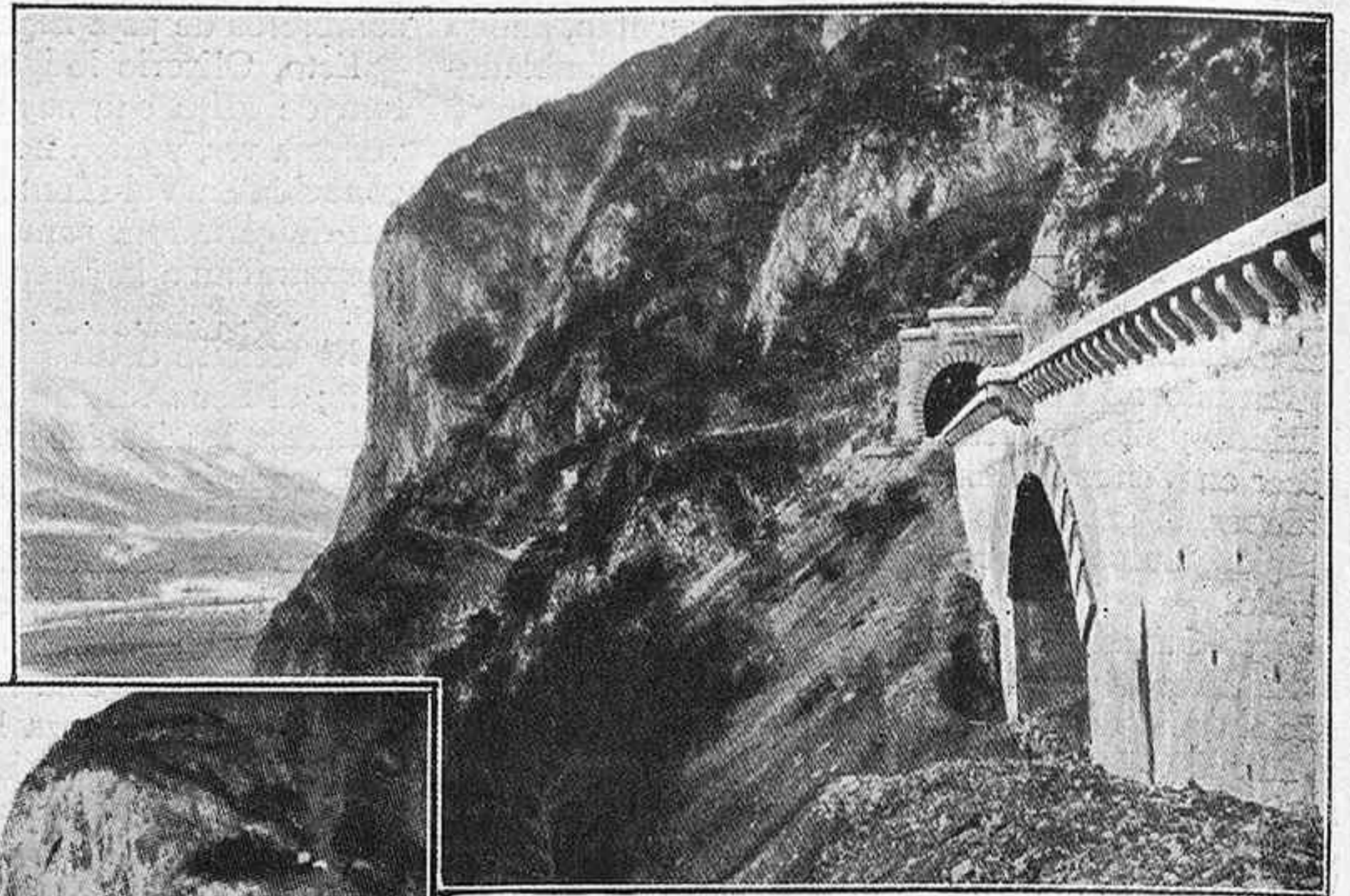
Entre los Alpes bávaros y los tiroleses no había, hasta hace poco, más que dos comunicaciones ferroviarias, una en la orilla Este del lago de Constanza y otra en el valle del Inn. En el espacio de 150 kilómetros comprendido entre ambas, el ferrocarril procedente de las mesetas suabias sólo llegaba hasta la cordillera que separa la Baviera del Tirol, de modo que los que querían llegar hasta el ferrocarril del Arlberg tenían que hacer el viaje en coche.

El ferrocarril de Mittenwald ha modificado esencialmente este estado de cosas, porque establece una nueva vía entre Reutte e Innsbruck, vía que rescita el antiguo tráfico entre Ulm-Augsburgo y la capital del Tirol y que, además, crea una nueva comunicación directa entre Innsbruck y Munich, ya que pasa por la que hasta ahora había sido estación terminal de la línea que desde la capital de Baviera conduce a Garmisch-Partenkirchen.

Tiene, pues, este ferrocarril una importancia grandísima para el tráfico internacional y es de gran interés para el turismo, puesto que facilita las excursiones a los pintorescos lagos y magníficos castillos de Baviera, ofrece una serie de panoramas y perspectivas de sin igual belleza y permite visitar hermosos sitios hasta ahora poco menos que desconocidos a causa de la dificultad de llegar a ellos.

El ferrocarril de Mittenwald arranca de Reutte, estación del ferrocarril bávaro-tiroles que desde Kempten y por el valle del Lech penetra en Austria, situada en medio de altas montañas, a 850 metros sobre el nivel del mar. Desde allí, pasa por Breitenwang, capital del distrito, en donde murió en 1137 el emperador Lotario II cuando regresaba de su segunda peregrinación a Roma; y después de recorrer un magnífico paisaje, penetra en el túnel de Ehrenberg. A la salida de éste ofrécese a los ojos del viajero dos panoramas a cuál más hermoso: de una parte, la imponente cordillera, y de otra, la altísima montaña del Thaneller.

Llegado a la selva, atraviesa el ferrocarril una



Túnel y viaducto

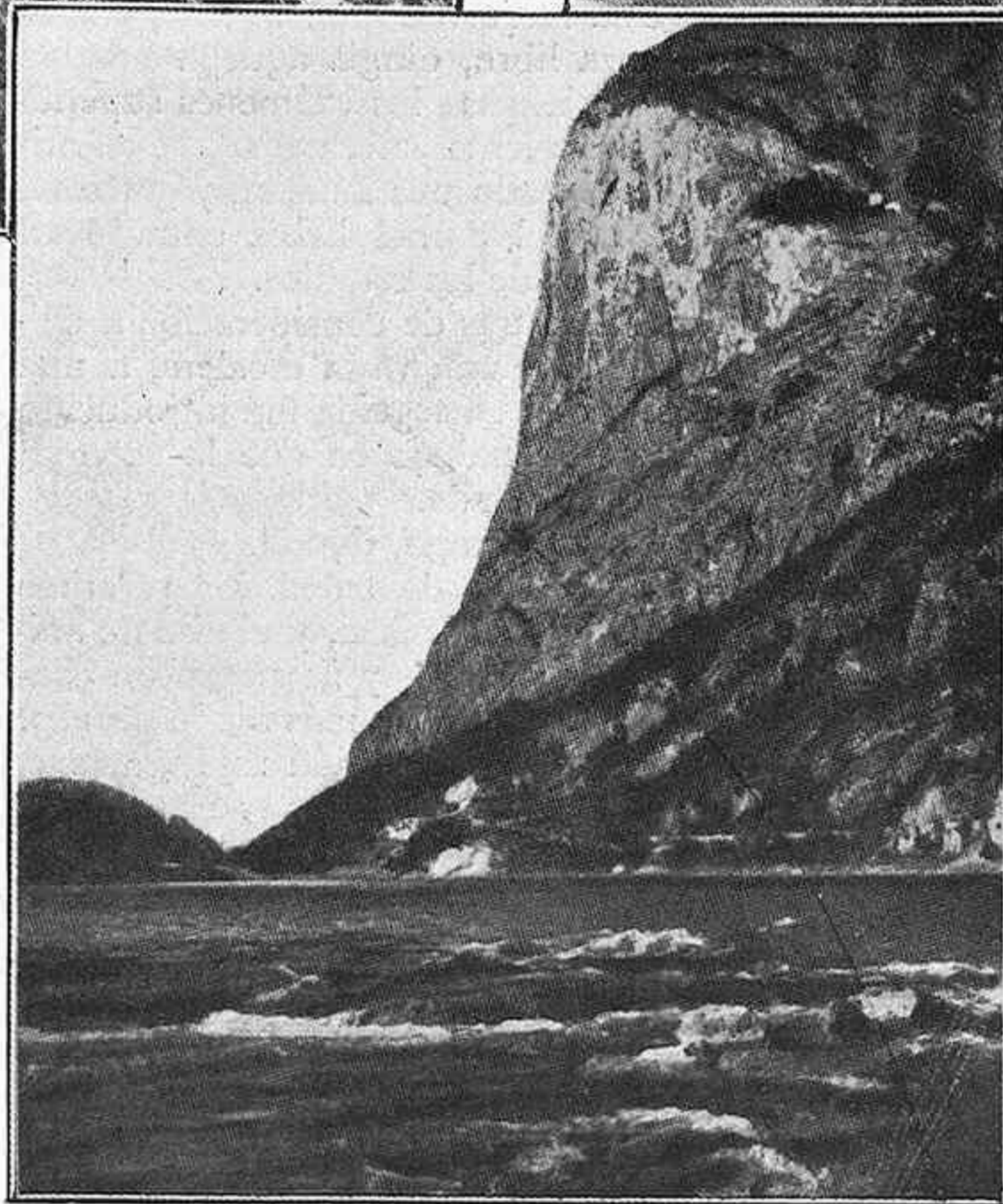
al pie del macizo del Ups, y se mantiene a esta altura sobre el verde valle que, en otro tiempo, era un lago, de manera que el viajero puede contemplar en toda su grandiosidad las gigantes montañas que se levantan a su izquierda. El Grubigstein al Oeste, a cuyos pies corre la carretera tan frecuentada por automóviles durante el verano, y la cordillera Mieminger, al Sur, ofrecen por sí solas un verdadero encanto a los aficionados a las montañas; pero más imponente aún es el espectáculo hacia el Este, en donde se alza sobre el río Loisach que baña su falda el macizo de Wetterstein, a cuyos pies se extiende la tranquila selva del Ehr y en cuya cima, a 2.964 metros de altura, se ha construido un observatorio.

El soberbio panorama muéstrase en toda su magnificencia contemplado desde la estación de Ehrwald, situada en una meseta de la parte baja del Wetterstein y desde la cual el tren atraviesa un puente sobre el Loisach, llegando, poco después, a la estación fronteriza de Griesen, que se levanta solitaria en medio de un bosque.

Después de haber abandonado el territorio tiroles, el ferrocarril penetra en el de Baviera, desarrollándose entonces y a partir de Graineu, ante los ojos del viajero, las preciosas perspectivas de los alrededores de Garmisch-Partenkirchen, esa población formada principalmente por innumerables quintas de recreo y que es el punto de partida para interesantes excursiones a las altas montañas. Hacia el Sur levántase la cordillera del Wetterstein y hacia el Norte se ven las ruinas de Werdenfels, que recuerdan que aquella pequeña y bella comarca estuvo durante quinientos años, hasta 1803, bajo la dominación de un mitrado y constituyó un condado imperial del cabildo de Freising.

Pasa luego el ferrocarril por Partnach y Kainzenbad, y dejando atrás estas dos grandes poblaciones del valle, vuelve a entrar en la soledad de la selva.

En Garmisch-Partenkirchen, y prescindiendo del corto trayecto del valle del Inn, el ferrocarril de

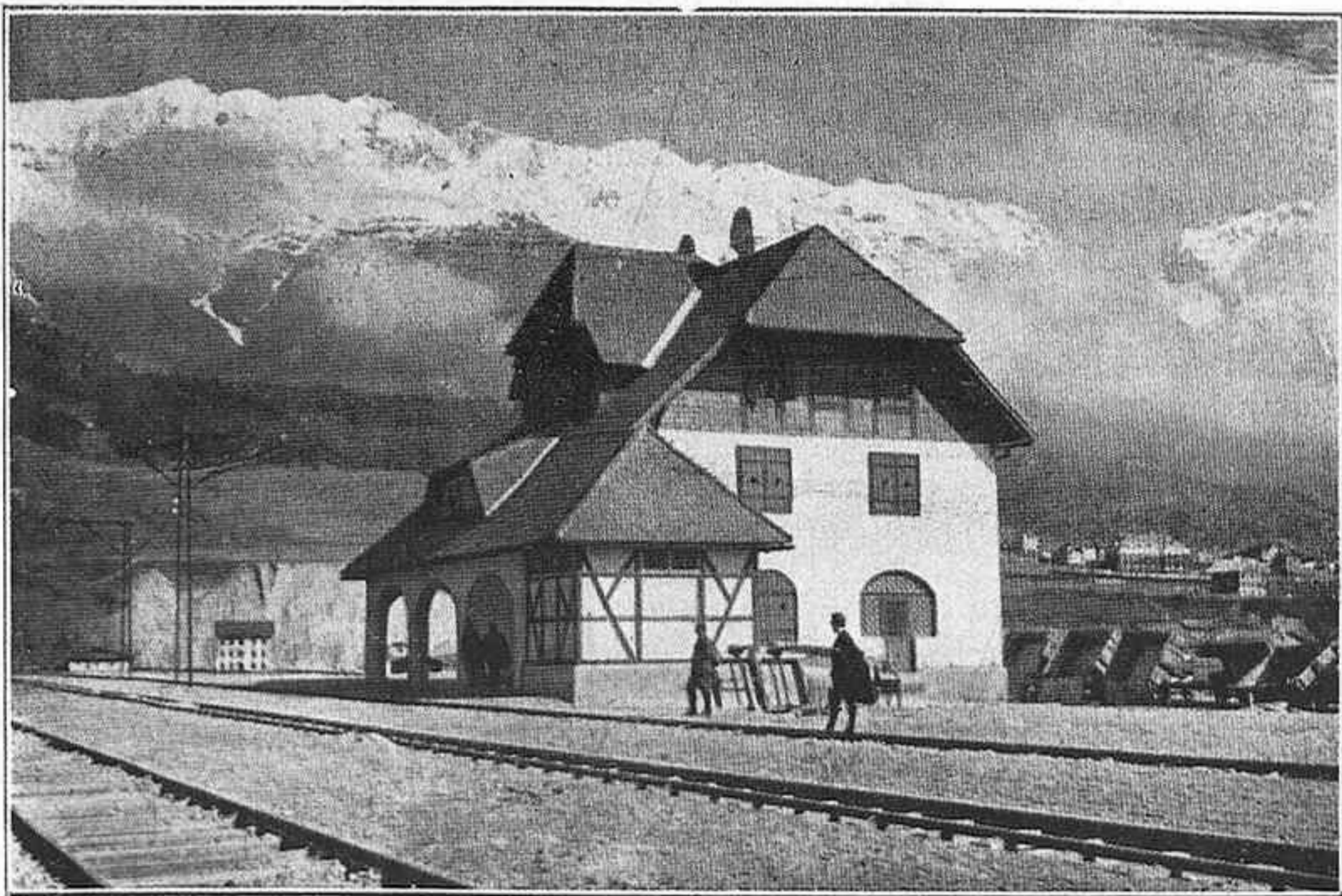


Vertiente del monte Martín

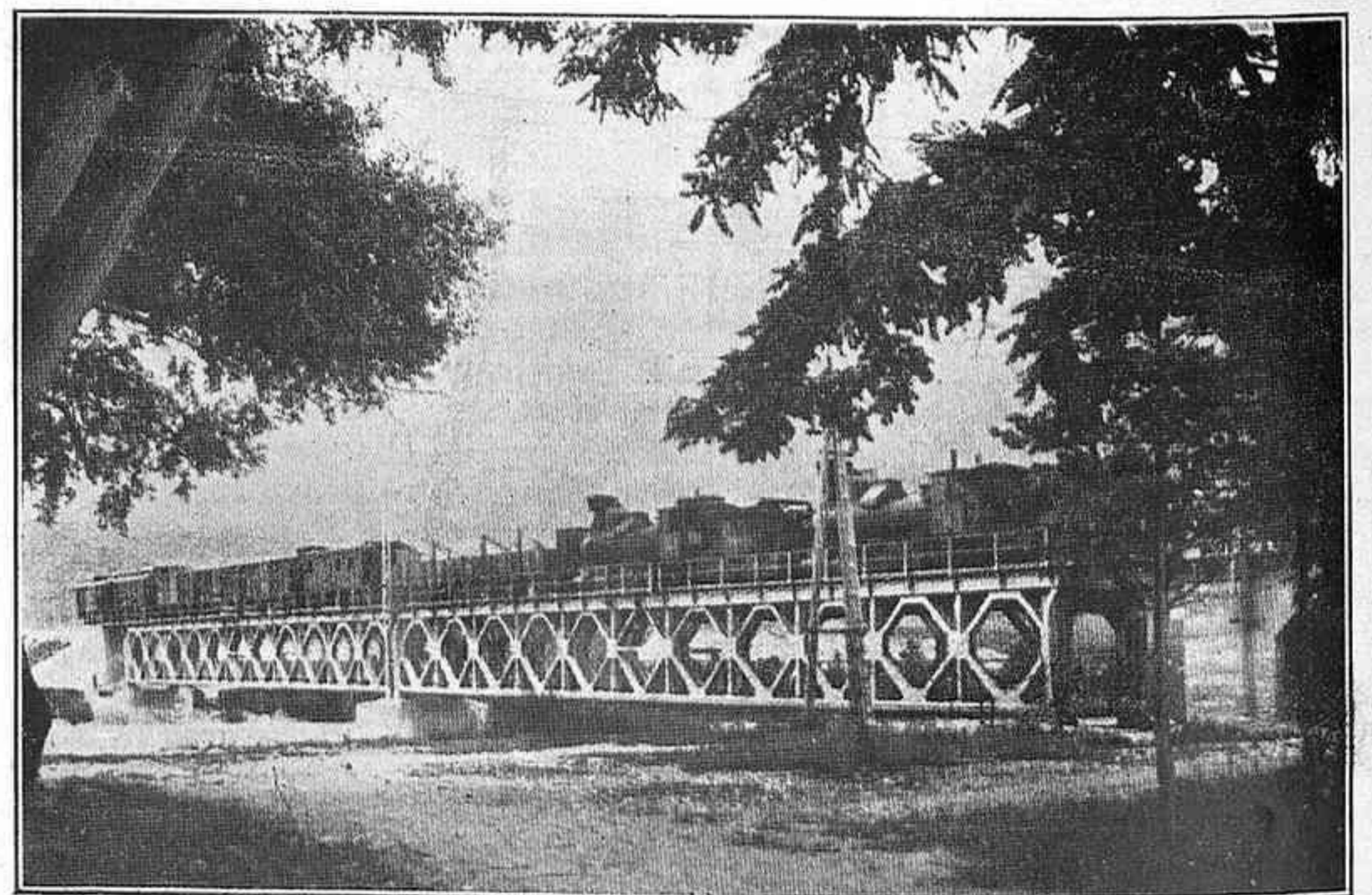
cresta de 1.020 metros de altura y luego desciende algo hacia Heiterwang (992 metros), en donde un torrente permite contemplar, al través del hueco que forma la montaña, el lago del mismo nombre. Entre este lago y el Thaneller la vista se extiende por el hermoso valle, limitado a la izquierda por la cordillera del Ammer y a la derecha por las vertientes de los Alpes del Lech, sitios hasta el presente muy poco visitados y que seguramente tendrán un gran porvenir desde el punto de vista del turismo.

En aquel valle están Bichelbach (1.075 metros), en donde el ferrocarril traspone la cordillera del Ammer, y otras pequeñas aldeas tirolesas, que el ferrocarril atraviesa llegando a una altura de 1.128 metros, desde la cual se dirige a la estación de Lermoos. Durante aquel trayecto admírase un espléndido panorama montañoso, que aparece aún más grandioso y bello en el trayecto de tres kilómetros que separa Lermoos de la próxima estación de Ehrwald.

Allí toma el ferrocarril la dirección hacia el Este,



La estación de Hotting; en el fondo el Karwendel



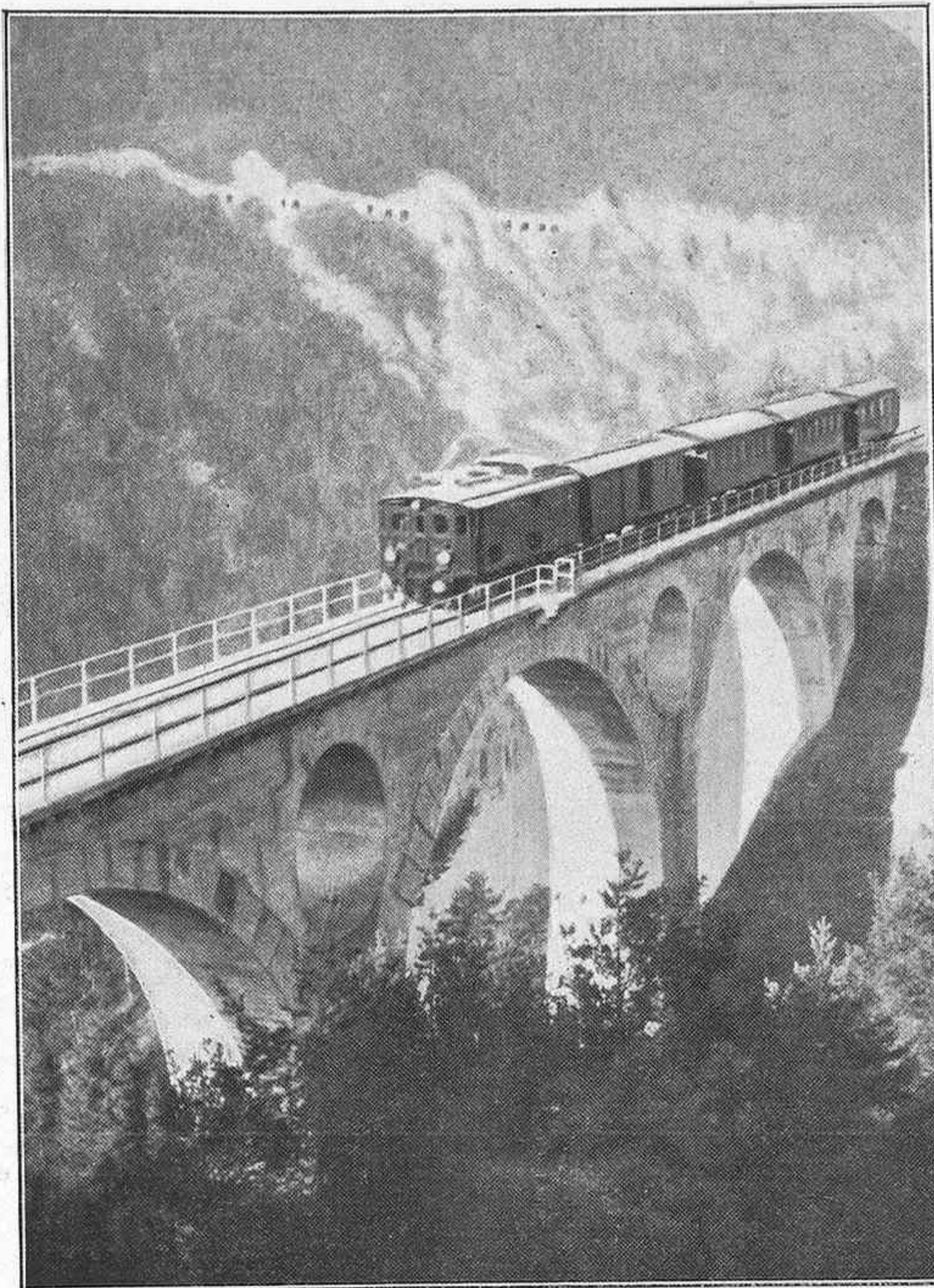
Puente metálico sobre el río Inn



Mittenwald llega a su altitud mínima (705 metros); desde allí vuelve a subir por el valle del Kanter, poblado de bosques, cruzando un terreno difícil que ha hecho necesaria la construcción de numerosos terraplenes, muros de contención y desmontes, pasa por Kaltenbrunn y llega hasta la cima del Schmalsee (970 metros), en donde atraviesa la divisoria de las aguas del Loisach y del Isar. Allí se admiran el panorama de la cordillera de Karwendel y la risueña comarca de Moranen, por la cual el ferrocarril desciende suavemente hasta el valle del Isar y se encamina hacia Mittenwald. Esta población, célebre desde hace 200 años por su fabricación de violines, y que era la última estación de verano y de turismo del territorio bávaro, será ahora más que nunca el punto de partida de las excursiones a las montañas del Karwendel y del Wetterstein, en donde es digno de visitarse, entre otras muchas cosas, el palacio árabe edificado por el rey Luis II.

Desde Mittenwald el ferrocarril sigue la cuenca del Isar y después de recorrer 27 kilómetros en territorio bávaro, vuelve a cruzar la frontera tirolesa y llega a la estación austriaca de Scharnitz (964 metros), que también será en lo sucesivo un punto de reunión de los turistas que deseen recorrer la cordillera del Karwendel.

La última y más importante ascensión del ferrocarril comienza en Seefeld y no lejos de esta población alcanza su altitud máxima (1.135 metros). El espectáculo que desde aquella altura se disfruta es hermoso sobre toda ponderación: los bosques de fragantes pinos y de alerces cubren el paisaje en cuyo fondo se alzan soberbias las montañas, por encima de las cuales sobresale el famoso pico del Reith. Desde Seefeld hasta Leithen, la vía férrea atraviesa una comarca poblada de prados y bosques, pero a partir de la última de estas dos estaciones el paisaje se convierte de idílico en emocionante. Este



Viaducto entre dos montañas

trayecto final, que sólo tiene una longitud de 20 kilómetros, es el que ha ofrecido mayores dificultades a los constructores, puesto que dentro de aquella extensión relativamente corta ha sido preciso ganar un desnivel de 500 metros en un terreno que apenas ofrece espacio para desenvolver el trazado.

Esta circunstancia ha obligado a trazar la mayor parte de la vía en línea recta, en pendientes abruptas y rocosas y ha hecho necesaria la construcción de grandes viaductos y atrevidos túneles, entre los cuales llaman principalmente la atención el túnel de la vertiente del monte Martín, que presenta, entre la boca de entrada y la de salida, un desnivel de 50 metros, en una longitud de 1.800.

Al otro lado del túnel, las vertientes de las montañas ofrecen un aspecto verdaderamente espantoso, por lo abruptas, y entre los varios túneles la vista se pierde en vertiginosos abismos.

Poco después el ferrocarril desciende paulatinamente por otras pendientes más suaves, cubiertas de bosques, y ante el viajero se ofrece ya el panorama de Innsbruck.

El tren pasa por Hotting, renombrada colonia veraniega, cruza un puente sobre el Inn y luego un viaducto de 380 metros de longitud, con 35 arcos, que recuerda las construcciones análogas romanas, y entra en la estación de Innsbruck, que constituye el término del viaje.

Esta excursión es una de las más hermosas que pueden efectuarse en los Alpes bávaros y, en su último trayecto, una de las más emocionantes.

El ferrocarril de Mittenwald es la décima línea férrea que en el Tirolo ha proyectado y construido el conocido

ingeniero de Innsbruck J. Riehl y merece ser calificado de su obra maestra. — P.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

CONSTANTINO EL GRANDE Y LA IGLESIA CATÓLICA. 313-1913. Por A. R. P. — Con motivo de las Fiestas Constantinianas, la casa editorial barcelonesa de Gustavo Gili ha publicado un interesante opúsculo en el que, después de una biografía del providencial emperador, se ponen de manifiesto el progreso de la fe católica a despecho de todas las persecuciones, las ventajas que ha reportado a los Estados y a los pueblos y la labor civilizadora realizada por la religión católica; se establece un pa-

rangón entre la Iglesia católica y las sectas protestantes; se indica lo mucho que se ha interesado por la clase trabajadora, y se compara su acción constructiva y regeneradora con la negativa y demoleadora de sus enemigos. Precio, 25 céntimos el ejemplar.

GONTRÁN QUE FUÉ A TIERRA SANTA, por *Augusto Martínez Olmedilla*. — Esta obra que forma parte de la Biblioteca Patria, que con tanto éxito se publica en Madrid, es una leyenda interesante, viva y pintoresca evocadora de todo el ambiente de una época que siempre ha atraído el fervor de los poetas y que espiritualmente volvieron a vivir los escritores del

gran ciclo romántico. Completa el libro otra leyenda bellísima *Todo por la patria*. Un tomo de 142 páginas; precio una peseta.

JUVENTUD ARGENTINA. MEMORIA REGLAMENTARIA LEÍDA EN LA ASAMBLEA CELEBRADA EL DÍA 11 DE ENERO DE 1913. — En esta memoria se da cuenta de los importantes trabajos realizados por la Juventud argentina, entidad establecida en Barcelona, durante el primer período de su funcionamiento y del estado floreciente en que se halla. Un folleto de 32 páginas impreso en esta ciudad en la tipografía de M. Mirabet.

**AVISO A LAS SEÑORAS**  
  
**EL APIOL DE LOS DRES**  
**JORET Y HOMOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris  
 Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa CANDÈS  
 81 St-Denis, 18

**EL INGENIOSO HIDALGO**  
**Don Quijote de la Mancha**  
 COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
 Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer  
 Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.  
 Montaner y Simón, Editores, Barcelona

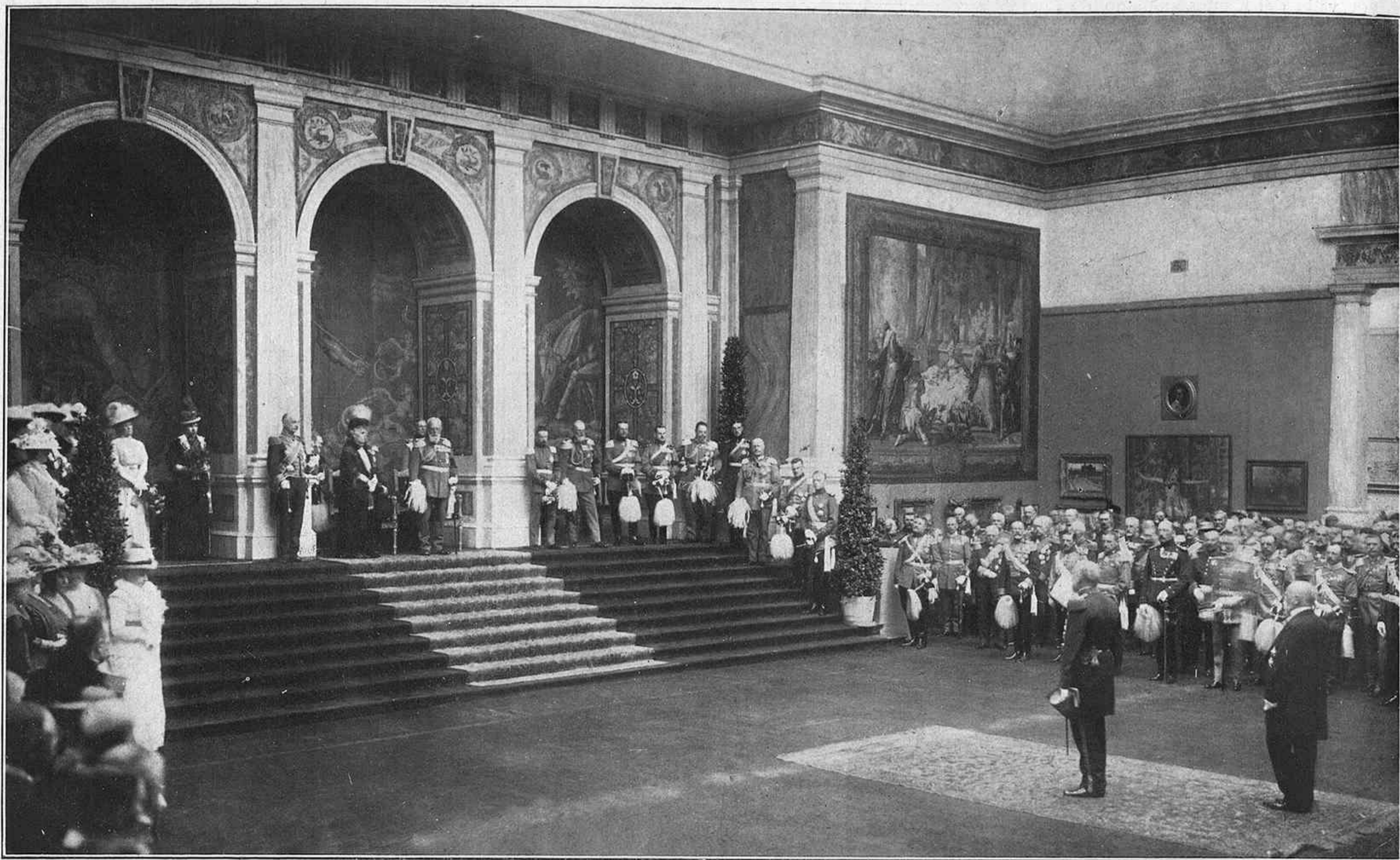
NUEVA REIMPRESION  
**FABULAS DE ESOP**  
 traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.  
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. — Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. — Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.  
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

**INSTITUTO POLITÉCNICO FRANKENHAUSEN**  
 Kyffh (Alemania)  
 Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.



## MUNICH. - INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES



El príncipe regente Luis de Baviera inaugurando la exposición. Acompañan al príncipe su esposa la archiduquesa María Teresa y los príncipes de la casa de Baviera. En primer término del grabado están el profesor Petersen y el barón Habermann, presidentes de la exposición. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Con gran solemnidad inauguróse el día 1.º de este mes la Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich, que se efectúa anualmente en el Palacio de Cristal de la capital de Baviera.

El acto inaugural fué presidido por el príncipe regente Luis, a quien acompañaban su esposa, la archiduquesa María Teresa, y los príncipes de la casa real bávara.

El certamen de este año no cede en importancia a los de años anteriores y con esto queda dicho el interés que ofrece a los amantes de las Bellas Artes, pues sabido es que las exposiciones muniquenses han constituido siempre verdaderos acontecimientos artísticos. A ellas han

acudido y siguen acudiendo los artistas más renombrados de todo el mundo con sus mejores obras; y al lado de estos maestros consagrados por la fama, figuran las firmas de los jóvenes que empiezan a imponer sus nombres y aspiran a conquistar en noble lid la celebridad. Gracias a estas circunstancias, que, si concurren en todas las exposiciones, en la de Munich aparecen con más relieve que en ninguna otra, pueden anualmente comprobarse allí los progresos del arte en todos los países y en sus más variadas manifestaciones, establecerse una provechosa comparación entre las distintas escuelas y estudiarse las innovaciones, las nuevas tendencias que engendra la eterna aspiración hacia el ideal de la suprema belleza.

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850



**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15, - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

**ZEISS  
TESSAR**



1:3.5 1:4.5 1:6.3  
Objetivos los más propios y los mejores.  
para vistas instantáneas, retratos  
y paisajes.

De venta en los almacenes de aparatos fotogr.  
Berlín Paris  
Hamburgo S. Petersburgo  
Londres Tokio  
Milán Viena  
(Alemania.)

Prospectos P. 281 gratis y franco.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN